

BERLÍN, EL LARGO CAMINO DEL REENCUENTRO - LA CAÍDA DEL MURO: 1989 - 2009

EL 9 DE NOVIEMBRE DE 1989, CAYÓ EL ÍCONO MÁS CONTUNDENTE DE LA GUERRA FRÍA, EL ENFRENTAMIENTO QUE PARTIÓ AL MUNDO EN DOS MITADES IRRECONCILIABLES. DOS DÉCADAS DESPUÉS, LA HOY VIBRANTE CAPITAL DE LA ALEMANIA REUNIFICADA NO ESCONDE LAS CICATRICES DE SU PASADO NI LAS DIFICULTADES DEL PROCESO DE REINTEGRACIÓN.

Por Luisa Corradini para La Nación
Domingo 1 de noviembre de 2009



Foto: FOTOS: AP / CORBIS / REUTERS. ARTE DE TAPA: SILVINA NICASTRO

La histórica caída del Muro de Berlín, que cambió el rumbo de la historia del siglo XX, comenzó con una escandalosa mentira y terminó con un grave error de apreciación.

El engaño fue obra de Walter Ulbricht, presidente del Consejo de Estado de la República Democrática Alemana (RDA). El 15 de junio de 1961, apenas dos meses antes de la instalación de las primeras alambradas de púas, Ulbricht proclamó que "nadie" tenía la "intención de erigir un muro".

La ceguera fue de su sucesor, Erich Honecker, cuando afirmó el 19 de enero de 1989 que esa herida fortificada que partía la ciudad en dos seguiría en su lugar "dentro de 50 o de 100 años": diez meses después, se produjo su estrepitoso derrumbe.

Veinte años después de ese acontecimiento crucial en la historia de la humanidad, no queda casi nada de esa siniestra construcción de 43.100 metros de largo, que dividió Berlín durante 28 años. Sólo tres sitios de la ciudad conservan sus vestigios. El resto se limita a una discreta doble línea de adoquines que sigue el antiguo trazado. Sus ondulaciones reaparecen aquí y allá en las veredas y avenidas de esta vibrante ciudad del siglo XXI en que se ha transformado la capital alemana.

Atrapado por la modernidad, el visitante tiene hoy dificultades para imaginar lo que era ese muro, formado por bloques de 3,5 metros de alto, 1,20 m de ancho y 2,75 toneladas de peso coronados por una alambrada de púas que se abría en V hacia ambos lados. Una ponzoñosa culebra de cemento que serpenteaba en pleno centro de la ciudad, pero también a su alrededor, para aislarla de la RDA que la envolvía al punto de hacer de Berlín-Oeste "el único lugar del mundo donde todos los puntos cardinales se hallaban al Este", según la amarga ironía del humorista Wolfgang Neuss. Ese muro representaba un total de 55 kilómetros de largo e innumerables dramas humanos: 687 muertos sólo en Berlín.

EL FIN DE TRES CICLOS

El acontecimiento inmenso que fue su caída puso fin a tres ciclos históricos, acoplados entre sí.

El más corto fue lanzado pocos años antes en la URSS por el líder soviético Mikhail Gorbachov. La perestroika, es decir el arsenal de reformas económicas destinadas a modernizar el comunismo, puso a ese país en el camino de la desintegración. El hombre que decidió el *aggiornamento* del sistema se vio obligado a limitar los gastos militares y amordazar su diplomacia, a retirarse de Afganistán y alejarse de Cuba. Al romper con la doctrina Breshnev, que afirmaba la legitimidad de una intervención armada en todo "país hermano" divergente de la línea colectiva, Gorbachov aceptó de hecho la descomposición de la RDA.

Simultáneamente concluyó un ciclo en la historia de Alemania y Europa que había comenzado en 1961 con la construcción del Muro. Berlín, que desde 1948-49 soportaba el bloqueo soviético, se había transformado en el símbolo de la Guerra Fría. Enclavada en la "democracia popular" de la RDA, la ex capital del Reich era una base del espionaje y la propaganda antisoviética. Su forma de vida occidental, opulenta y desprejuiciada, fascinaba a decenas de miles de alemanes orientales que iban cada día a trabajar a la ciudad, rápidamente reconstruida sobre los escombros de la Segunda Guerra Mundial. Por esa razón, el poder comunista decidió levantar ese "muro de la vergüenza" en el corazón de la ciudad, materializando la opresión del totalitarismo post-estalinista.

Visto desde una perspectiva aún mayor, el 9 de noviembre de 1989 cerró la secuencia histórica abierta en 1917 con la Revolución de Octubre en Rusia. Fue en ese preciso instante que el comunismo soviético recibió el golpe mortal.

Ese día también quedaron desmentidas en forma brutal la mayoría de las previsiones y augurios que dominaron los años 70 y 80. Para dirigentes occidentales, intelectuales y especialistas de geopolítica, se podía salir de dictaduras de derecha (prueba de ello fueron las caídas de las dictaduras militares de Grecia, Portugal, España y la Argentina). Pero -en nombre de una ley que fue aceptada como una evidencia que no requería demostración-, aquellas dictaduras llamadas "de izquierda" eran consideradas como indestructibles.

Erich Honecker, el último líder de la RDA, era uno de éstos. Gorbachov evocó esa empecinada ceguera en una reciente entrevista al relatar la visita que realizó a Berlín-Este para la conmemoración del 40° aniversario de la RDA, en octubre de 1989, un mes antes de la caída del Muro. "Mieczyslaw Rakowski [primer ministro polaco] que estaba en la tribuna con el general Jaruzelski justo detrás de mí, se inclinó hacia adelante y me dijo:

-Mikhail Sergueievich, ¿usted entiende alemán?

-Lo suficiente como para comprender lo que gritan los manifestantes-, respondí

-¿Comprende entonces que esto es el fin?, agregó Rakowski

"Era el fin, en efecto. Por el contrario, Honecker no comprendía nada. Me aseguraba que tal vez la perestroika fuera importante para la URSS, pero que en RDA las reformas ya se habían realizado...", recuerda Gorbachov. En noviembre de 1989, la autoridad del régimen alemán oriental vacilaba. Erich Honecker, el hombre que había aplaudido la masacre de Tiananmen, fue destituido por sus pares en un intento por salvar las pocas piedras de la utopía comunista que aún permanecían en pie. El 4 de noviembre, en Alexanderplatz, cerca de un millón de manifestantes exigían la libertad de viajar. Ese 9 de noviembre, después de un plenario del comité central del SED (Partido Socialista Unificado de Alemania), Günter Schabowski, miembro del buró político, anunció la adopción de "un reglamento que permite a todo ciudadano dejar (la RDA) por cualquier puesto fronterizo". Incluso por Berlín-Oeste, precisó. Y cuando un periodista italiano le preguntó a partir de cuándo, la respuesta fue: "Entiendo que en forma inmediata". La noticia se propagó como reguero de pólvora. Los berlineses se reunieron masivamente a ambos lados del muro y en los puntos de paso. Finalmente, hacia las 22.30, en la Bornholmer Strasse, en el barrio de Prenzlauer Berg, se levantó la primera barrera. A medianoche, el resto de los puestos fronterizos la habían imitado. "Berlín vuelve a ser Berlín", tituló un diario al Oeste. El resto pertenece a la historia. Veinte años después, Berlín es otra Berlín. Vastas avenidas arboladas, parques cuidados, barrios espaciosos... La circulación es fluida, los peatones, los ciclistas, los cochecitos de bebé y, sobre todo, los jóvenes forman parte de la nueva tarjeta postal. Los transportes en común, fiables, limpios y frecuentes, trasladan al visitante de un barrio al otro con eficacia y precisión. Curiosamente, en Berlín no se siente el estrés que neurotiza otras capitales. Esa es probablemente la mayor sorpresa de quien llega allí por primera vez: Berlín, la ciudad símbolo de la Guerra Fría, el inmenso campo de ruinas, la capital de la Alemania reunificada, se presenta antes que nada como una capital del *savoir-vivre*.

Pariser Platz, a los pies de la Puerta de Brandeburgo, perdió definitivamente sus aires de mortal *no man's land*. En ese lugar de desolación brotaron hoteles de lujo, inmuebles *high tech* de grandes bancos y edificios ultramodernos sedes de embajadas. Otro inmenso espacio antaño abandonado, Potsdamer Platz, muestra orgulloso su nuevo perfil vanguardista, en cuya concepción trabajó el grupo de arquitectos más talentosos del planeta.

Por todas partes, el delirio inmobiliario se ha apoderado de Berlín, aun cuando ya no sea tan fácil comprar, vender o alquilar por culpa de la crisis. Son pocos en realidad los barrios que siguen resistiendo, pero los hay: después de una cierta edad, el berlinés del Oeste no siente demasiado afecto por ese primo del Este, que le devuelve el sentimiento con creces. "El Muro está en las cabezas." Esa es la frase que usan todos para explicar ese desamor. En épocas de la división, cada parte de la ciudad estaba generosamente subvencionada por su Estado tutelar: Berlín-Este, para mantener una ilusión de prosperidad inexistente; Berlín-Oeste, para mostrarse como vitrina insolente del capitalismo asediado.

LEGADO CONTRADICTORIO

Hoy reunidos, ambos sectores tienen enormes dificultades para despojarse de los hábitos nacidos de aquella dependencia. Y lo mismo sucede con el país. Este 9 de noviembre, la algarabía de algunos se mezclará con la inquietud frente a la crisis más grave que le toca atravesar a Alemania desde 1930, pero también la desazón general frente a una cohesión nacional que se hace esperar. Veinte años después de la caída del Muro, es necesario reconocer que la reunificación no ha dado los resultados esperados. Muchos "ossis" (alemanes del Este) se perciben como ciudadanos de segunda categoría, observados con condescendencia por los "wessis".

Los ecos del discurso pronunciado en octubre de 1990 por el canciller Helmut Kohl, que prometió "paisajes florecientes" en el Este, resuena hoy como una broma de mal gusto. No sólo porque miles de compañías del Oeste se apoderaron de las industrias del Este y las desmantelaron, destruyendo toda posibilidad de competitividad. Sino porque, a pesar de haber absorbido más de un billón de euros del presupuesto federal, el Este sigue padeciendo un desempleo muy superior, menor productividad, altísimas tasas de emigración y un ingreso per capita muy inferior al del Oeste.

Todo alemán que trabaja seguirá pagando hasta 2019 una tasa de solidaridad de 5,5% instaurada para financiar la reunificación. Pero el camino parece largo. Los especialistas estiman que serán necesarios 20 años más para que los estados regionales del Este puedan autoabastecerse. El producto bruto interno del Este representa sólo el 71% del Oeste, un crecimiento de apenas 4% en nueve años. La producción industrial creció 7,5% desde 2006, comparado con 4,3% en el Oeste. Pero esas cifras son modestas, si se tiene en cuenta que en el Este había mucho más espacio para el crecimiento. El desempleo, por su parte, llega a 13,3% de la población activa, es decir, casi el doble que en los estados del Oeste.

El éxodo es tan grave que algunas comunas simplemente se están preparando para desaparecer. Cerca de 90.000 personas dejan cada año el Este en busca de trabajo. Los destinos preferidos son las ciudades industriales del Oeste -principalmente en la cuenca del Ruhr-, Suiza y los países escandinavos. Uno de los problemas más serios e inesperados de la reunificación es la partida de miles de jóvenes mujeres -curiosamente más móviles que los hombres-, que terminó por provocar un desequilibrio poblacional y se ha transformado en un obstáculo suplementario para todo plan de desarrollo. En Alemania del Este hay 8,5 mujeres por cada 10 hombres. En ciertas regiones, las mujeres representan un cuarto de los emigrantes y los índices de natalidad se han desmoronado en uno de los países de Europa que ya registraba una de las más bajas tasas de natalidad.

Como en Alemania, muchos otros europeos miran con desilusión la instalación vertiginosa y egoísta de un Occidente prepotente que no tiene tiempo de ocuparse del ser humano. Ese sentimiento profundo, representado a la perfección en 2003 por el film "¡Good bye Lenin!", ha recibido el nombre culto de "ostalgie" (nostalgia del Este). "Siento amargura porque hemos perdido. ¡Hemos dejado tantas plumas en esa revolución abortada de 1989! Mi infancia fue miserable. En Occidente, hubiese sido cajera o algo parecido. La RDA me dio la posibilidad de hacer estudios superiores, de transformarme en una intelectual. En el Este, el trabajo y la vivienda eran un derecho. En la RDA, el 90 por ciento de la gente trabajaba. Todos soñamos con una tercera vía: ni capitalismo ni comunismo burocrático. Pero perdimos en toda la línea. El futuro me da miedo", confesó a LA NACION, la filósofa Marion Becker. Veinte años después, es legítimo preguntarse si el proceso que comenzó el 9 de noviembre de 1989 desembocó en una reunificación o se trata, en definitiva, de una simple absorción.

Otro berlinés respondió a ese interrogante con la historia de esa estrellita de cine que fue a ver a Orson Welles y le propuso matrimonio: "Maestro, con su inteligencia y mi físico, imagine los hijos excepcionales que tendríamos..." Orson Welles la miró y respondió: "Señorita, ¡imagínese si tienen mi físico y su inteligencia!" Como en esa historia, el matrimonio entre Este y Oeste ha sido consumado. Los alemanes todavía esperan para ver cómo serán los frutos de esa unión.

CRONOLOGÍA

Domingo 1 de noviembre de 2009



8 DE MAYO DE 1945

CUATRO SECTORES

Tras el fin de la II Guerra Mundial, el triunfo aliado y la ocupación de Berlín, la ciudad es dividida en cuatro sectores: tres al oeste y uno al este, bajo control soviético.

29 DE OCTUBRE DE 1946

FRONTERAS INTERNAS

Surgen las primeras restricciones de viaje al establecerse la necesidad de presentar un permiso para cruzar de una zona a otra.

12 DE MAYO DE 1949

DOS REPÚBLICAS

Se funda la República Federal de Alemania y, dos semanas después, nace la República Democrática de Alemania. La división se mantendría durante cuatro décadas.

13 DE AGOSTO DE 1961

SE LEVANTA EL MURO

Se cierran los pasos entre los sectores Este y Oeste y se inicia la construcción del Muro. De una serie de barreras pasó a incluir torres de control y sofisticados sistemas de vigilancia.

26 DE JUNIO DE 1963

KENNEDY, UN BERLINÉS

John Kennedy visita Berlín y llama a defender a los residentes del lado Oeste. Allí pronuncia la famosa frase "Ich bin ein Berliner": Soy de Berlín.

12 DE JUNIO DE 1987

REAGAN V. GORBACHOV

El presidente Ronald Reagan visita Berlín y llama al líder soviético, Mikhail Gorbachov, a derribar el Muro.

4 DE NOVIEMBRE DE 1989

UN MILLÓN EN LA PLAZA

Cerca de un millón de personas se manifiestan por la democracia en Alexander Platz, la principal plaza de Berlín Oriental.

9 DE NOVIEMBRE DE 1989

CAE LA MURALLA

Tras el anuncio del fin de las restricciones de viaje, una multitud comienza a derribar el Muro. Empieza el camino hacia la reunificación alemana.

"PODRÍAMOS HABER TENIDO UNA TERCERA GUERRA MUNDIAL"

ENTREVISTA A MIKHAIL GORBACHOV

Figura central de la política en aquellos años, el último presidente de la URSS afirma que la Guerra Fría puso al mundo al borde de un conflicto a gran escala y le resta importancia a la actual nostalgia por la vida bajo el comunismo.

Isabelle Lasserre, Caroline De Malet y Philippe Gelie - Le Figaro
Domingo 1 de noviembre de 2009



Para el padre de la perestroika, los cambios en la URSS y Europa del Este hicieron posible la reunificación alemana Foto: FOTOS: ARCHIVO/REUTERS GINEBRA, SUIZA

Hace 20 años usted estaba en el poder en la Unión Soviética en el momento de la caída del Muro de Berlín. ¿Vio venir ese acontecimiento o lo tomó por sorpresa?

Hubiera sido difícil que me sorprendiera en esa época. Esos acontecimientos fueron el resultado de un largo proceso. Entonces hacía mucho tiempo que yo estaba en los círculos del poder y conocía perfectamente la situación. Cuando me convertí en líder de la Unión Soviética, una de las piedras angulares de mi visión del mundo era considerar a Europa como nuestra casa común. En el curso de una visita a Francia, yo propuse que construyéramos esa casa común. Y la cuestión alemana hacía parte de esa visión. La unificación de Alemania fue posible porque estuvo precedida de grandes cambios en la URSS, en Europa Central y del Este, en las relaciones entre los países occidentales y, particularmente, con los Estados Unidos, con quien estábamos entonces en muy malos términos. Cuando llegué a la conducción de la URSS, hacía seis años que los responsables soviéticos y estadounidenses no se encontraban. Más tarde logramos cambiar eso. Y fue el conjunto de aquellas transformaciones lo que permitió la reunificación. En una visita a la RDA [República Democrática de Alemania] en 1989, en ocasión de su 40° aniversario, quedé muy impresionado por lo que vi. Hablé largamente con el entonces presidente Erich Honecker y él me sorprendió. Pensé que no entendía lo que estaba pasando. O que se negaba a aceptar el proceso en curso y que, evidentemente, ponía la cuestión de la unidad de Alemania sobre la mesa. En ese momento hubo un gran desfile, las 28 regiones de la RDA estaban representadas.

Los jóvenes que participaban en la manifestación, gritaban consignas que demostraban que el país estaba en efervescencia y que iba a haber grandes cambios muy pronto... El primer ministro polaco, Mieczyslaw Rakowski, se me acercó y me preguntó si yo entendía alemán. Yo respondí: "Lo suficiente como para saber lo que dicen las pancartas y las consignas. Entonces me dijo: "Es el fin". Yo dije que sí.

Al escucharlo, ¿parece casi como si usted mismo lo hubiera planificado todo?

No, yo no lo planifiqué. Por cierto, en junio de 1989, en ocasión de una visita a la RFA [República Federal de Alemania], luego de una entrevista con Helmut Kohl, un periodista me preguntó si habíamos hablado de la cuestión alemana. Le respondí que sí. Declaré que la división de Alemania era una herencia de la historia, de la Segunda Guerra Mundial. Y que sería la historia la que diría lo que estaba por venir. Los periodistas no se contentaron con eso e insistieron en preguntarme cuándo se daría la reunificación. Yo respondí que esa cuestión probablemente se resolvería en el siglo XXI y que sería la historia la que decidiría. Ustedes ven, ésa era mi posición poco meses antes de la caída del Muro... Y luego se dieron los cambios en la URSS, en Europa Central y del Este, la "revolución de terciopelo", las nuevas relaciones con los Estados Unidos, el desarme. Todo eso formaba la espiral de los acontecimientos, aunque la RDA fuera todavía una especie de isla en ese mar de cambio.

¿Tuvo la tentación de recurrir a la fuerza para detener los movimientos que actuaban en Europa del Este?

Usted sabe, cuando mi predecesor, Konstantin Tchernenko, murió en 1985, los líderes de los países del Pacto de Varsovia vinieron a los funerales a Moscú. Nos reunimos en mi oficina. Les agradecí y les dije: «No haremos nada que pueda complicar nuestras relaciones con ustedes. Respetaremos nuestras obligaciones, pero ustedes son responsables de su política, de sus países, y nosotros somos responsables de nuestra política, de nuestro país». En 1985, por lo tanto, les prometí que no intervendríamos y no intervinimos nunca. Si lo hubiéramos hecho yo probablemente no estaría aquí hoy con ustedes... Eso se los puedo asegurar.

¿Qué hubiera pasado según su punto de vista?

Podríamos haber tenido una Tercera Guerra Mundial... En esa época Europa estaba llena de armas nucleares. Había alrededor de dos millones de tropas a ambos lados de la Cortina de Hierro... Imagine simplemente lo que podría haber pasado si hubiésemos utilizado la fuerza...

¿Cuál era entonces su visión del futuro de la Unión Soviética?

Era una visión que nos llevó a impulsar cambios democráticos, a abrir el país, a reformar nuestra unión y nuestra economía, a dar libertad de movimiento a los ciudadanos, a introducir la libertad de expresión y de religión. En esa época, yo no tenía ninguna duda, sabía que era el camino a seguir. Y creía que así podríamos preservar la Unión Soviética. Pero luego de las elecciones libres de 1989, algunos, dentro del Partido Comunista, reaccionaron ferozmente contra todas esas reformas. El partido se dividió: 84 por ciento de los diputados eran miembros, pero la nomenclatura perdió las elecciones. Tenía todas las razones para creer que la *perestroika* estaba sostenida por la mayoría. Eso no impidió que la nomenclatura intentara varias veces echarme, hacerme dimitir en reuniones del Soviet Supremo. Los adversarios de la *perestroika* fueron capaces de oponerse a nosotros legalmente, políticamente. Es por eso que organizaron un golpe de Estado en 1991. Nosotros subestimamos el peligro, debimos haber actuado con más firmeza para impedirlo. Creo que los defensores de la *perestroika*, incluido yo, fuimos demasiado confiados. Creíamos estar en el buen camino. En esa época preparamos un programa para enfrentar la situación económica en la URSS. Ese programa fue sostenido por todas las repúblicas, incluso las bálticas. En agosto también preparamos un nuevo tratado para la Unión. En noviembre de 1991 quisimos hacer un congreso para reformar el partido. Pensamos que en esa situación, cualquiera hubiera considerado irresponsable organizar un golpe de Estado. Lamentablemente lo hicieron, y algunos de los que organizaron el golpe formaban parte de mi entorno, de mi círculo íntimo.

¿Cómo interpreta hoy la nostalgia del imperio y de la Unión Soviética que se manifiesta en el seno del poder y de la población rusa?

Conozco la situación. Creo que no hay que exagerar esa tendencia. En un sondeo realizado en 2005 para el 20° aniversario de la *perestroika*, 55 por ciento de la gente estimó que los cambios fueron necesarios, aunque fueran minoritarios diez años más tarde. Dos tercios de los rusos se dicen a favor de las elecciones libres, la economía de mercado y la libertad de movimiento...

Sí, pero Stalin es más popular hoy que ayer...

No lo creo. Es cierto que algunos manifiestan en la calle con retratos de Stalin. Eso prueba, por sobre todo, que Rusia no ha completado su proceso de cambio... Pero eso ya lo sabíamos. Pase lo que pase, no habrá retorno al pasado. No se puede dar marcha atrás. Eso no va a ocurrir.

¿Cómo juzga la política del tándem Medvedev-Putin? ¿Esos dos hombres llevan a Rusia por el buen camino?

El primer mandato de Vladimir Putin fue muy positivo. Puso fin al proceso de desintegración de Rusia, que era extremadamente peligroso. Estabilizó la situación: será por eso que tendrá su lugar en la historia. Pero no veo un verdadero esfuerzo de modernización, es el principal problema. Las condiciones eran favorables, gracias al aumento del precio del petróleo... Pero me pregunto por la manera en que se utilizaron esos millones de petrodólares. Creo que permitieron a sus amigos comprar los Champs-Élysées y el resto de Francia... Estoy bromeando, pero creo que una gran parte de ese dinero fue despilfarrado y que no fue utilizado para modernizar el país. Tendrían que hacer mucho más por mejorar la situación económica, modernizar Rusia y democratizarla. Por un lado frenaron el incendio; por el otro, cometieron errores.

¿El problema esencial según usted está en la política económica o en la corrupción?

Lo que le falta al país es un nuevo sistema, un nuevo modelo de desarrollo. Y para imponerlo hay que terminar con la corrupción. Por el momento reconozco que ésa no es la situación. Pero veremos.

¿Cree que Medvedev y Putin van a tomar la mano tendida por Barack Obama?

No es sólo Barack Obama el que está en el origen de esta oportunidad en las relaciones ruso-estadounidenses. Pero es una persona seria, que comprende la situación de crisis, que milita a favor de la desnuclearización y que ha comprendido la dimensión de los problemas ambientales. Es un buen interlocutor para nuestros dirigentes, porque ellos desean que así sea. Tengo un sentimiento positivo respecto del presidente estadounidense. Y sí, creo que Rusia va a provechar esta oportunidad. Pero nunca se sabe...

Usted recibió el premio Nobel de la Paz en 1990. ¿Considera merecido que este año se lo hayan dado a Barack Obama o es prematuro?

Le escribí para felicitarlo. Dije que era una buena elección porque me siente cercano a su visión del mundo. Necesitará mucha decisión, autoridad internacional y talento de comunicación para ponerla en práctica. Deseo que le vaya bien.

Usted retiró las tropas rusas de Afganistán. Veinte años más tarde, Barack Obama se prepara para decidir o no, el envío de refuerzos estadounidenses a ese país. ¿Qué le aconsejaría?

Nosotros atravesamos un período idéntico al que conoce Obama en Afganistán. Nosotros también tuvimos que repensar nuestra estrategia y nuestras políticas. Creo que el objetivo último de los estadounidenses debe ser la retirada de sus fuerzas. Pero no tengo ninguna recomendación para hacerle. Sin duda habrá evaluado bien si comprometerse o no... Cuando nosotros nos retiramos de Afganistán, los estadounidenses trabajaron con los paquistaníes para crear a los talibanes, aunque afirmaban querer un país "libre y estable, en buenos términos con nuestras dos naciones"... Hoy recogen los frutos. Por el otro lado reconozco que es necesario actuar contra los núcleos terroristas.

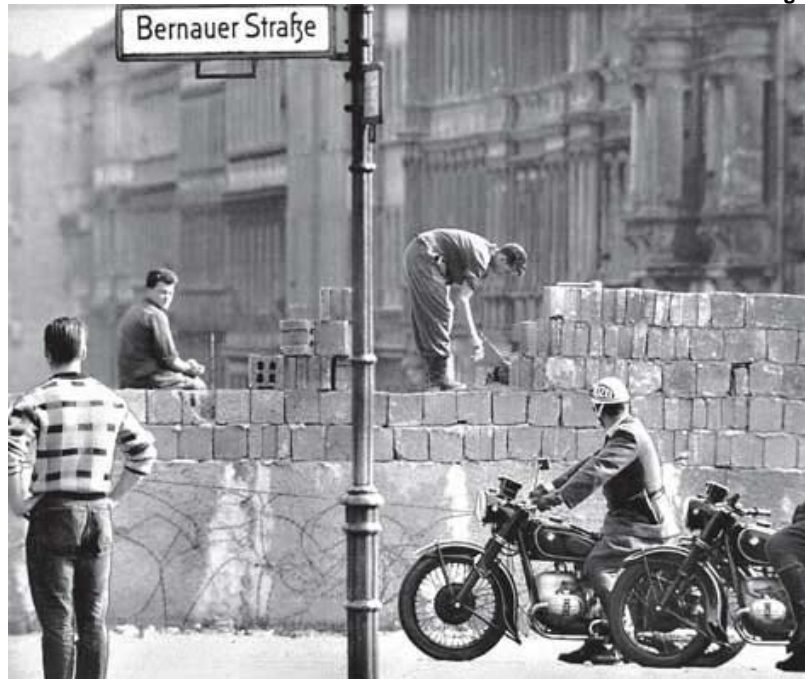
Usted está a la cabeza de Green Cross ("cruz verde"), una ONG dedicada a la protección del medio ambiente. ¿Confía en la reunión mundial prevista para diciembre en Copenhague, sobre el cambio climático?

Creo que será una etapa mayor en la buena dirección. Ha habido sólidos trabajos preparatorios. Los problemas ambientales nos están estrangulando: debemos hacer algo para evitar una catástrofe, escapar al desastre. No puede ser que la temperatura media del planeta aumente más de 2 grados: pero ese objetivo será muy difícil de alcanzar. Los Estados ahora deben tomar medidas decisivas.

HISTORIA DE UNA CIUDAD - LA CAPITAL TRÁGICA DE EUROPA

ALBERGUE DE LA CORTE PRUSIANA, CENTRO NEURÁLGICO DEL NAZISMO Y PRIMERA LÍNEA DE LA DIVISIÓN DE LA GUERRA FRÍA, BERLÍN FUE ESCENARIO DE ALGUNOS DE LOS HECHOS MÁS DRAMÁTICOS DEL SIGLO XX.

Lluís Bassets - EL PAÍS
Domingo 1 de noviembre de 2009



Agosto de 1961, comienza la construcción del Muro en la calle Bernauer Strasse, Berlín

Berlín es la capital trágica del siglo XX. Ese muro que cayó la noche del 9 de noviembre de 1989 pone punto final a un período catastrófico en el que la capital prusiana y alemana fue menos la protagonista que la víctima. Esa ciudad que creció en una llanura fluvial y lacustre ha sido la capital más cambiante de la historia contemporánea europea. Corte del reino prusiano primero y de la Alemania unida en el primer imperio después, capital democrática de la República de Weimar ya bien entrado el siglo XX, se convirtió con Hitler en urbe imperial y militarizada desde donde se controlaba un imperio totalitario en constante expansión y después en ciudad dividida, símbolo y víctima de la Guerra Fría hasta 1989, año de su auténtica liberación.

Los doce años de nazismo fueron un martirio para la ciudad y sus habitantes. Era la capital del III Reich, pero Hitler no tenía más que desprecio y rencor contra el símbolo del cosmopolitismo y de la vida urbana moderna y democrática. Había sido una de las grandes capitales del movimiento obrero europeo a principios de siglo, hasta culminar en la efímera revolución espartaquista de 1919 en la que por unos breves días los consejos de trabajadores y soldados tomaron el poder. Pocas ciudades en el mundo tuvieron en los años veinte la vitalidad y el dinamismo cultural, científico e industrial de Berlín. También fue, con la depresión económica, capital de la miseria y del paro, y caldo de cultivo del populismo extremista rampante, que llevaría a sangrientos enfrentamientos entre izquierdistas y nazis. De haber podido elegir, Hitler habría preferido Munich como capital.

Y aunque Berlín fue metrópoli nazi, lo fue a contrapelo: también fue ahí donde más cuajó la resistencia, donde conspiraron los conjurados como Claus von Stauffenberg, el militar aristócrata que intentó asesinar al Führer, y donde fueron sumariamente ejecutados. El nombre de Berlín se asocia al de la época nazi en múltiples declinaciones de la infamia: empezando por el del Eje, con el que se denomina la alianza entre la Italia mussoliniana, el Japón imperial y la Alemania hitleriana. Desde los ministerios hitlerianos de Mitte, el centro berlinés, se tomaron las decisiones que encendieron el polvorín europeo y condujeron al mundo entero a la mayor confrontación bélica de la historia y a una colosal orgía de sangre y de muerte. Desde Berlín también, en una villa en las orillas de la laguna de Wansee, se tomaron las disposiciones genocidas para exterminar a los judíos de Europa. En los salones de la cancillería hitleriana surgieron los sueños arquitectónicos demenciales destinados a cambiar la ciudad hasta convertirla en Germania, la capital de un imperio que debía durar mil años.

UN CRÁTER POBLADO DE CADÁVERES

Afortunadamente, de aquel proyecto urbanístico sólo quedaron los esbozos. No alcanzó su vida ni los trece años, la edad de un adolescente, y en lugar de las obras de la megalópolis hitleriana, el Führer legó a los berlineses un cráter poblado de cadáveres y de ruinas, abierto como una herida horrible junto a la Puerta de Brandeburgo y los restos del Reichstag, el Parlamento alemán, incendiado justo a su llegada al poder. La batalla de Berlín, que terminó con Hitler, con el régimen y con la guerra en territorio europeo, dejó el centro de la ciudad en ruinas, la vació de su población y causó varios centenares de miles de muertos civiles y militares y medio millón de prisioneros alemanes.

Fue una de las más fieras de la entera guerra mundial y terminó con el Ejército Rojo acampado en sus parques y la entera ciudad y sobre todo sus mujeres a merced de los soldados soviéticos. En el cráter de la batalla de Berlín anidó y permaneció durante cuarenta años más el huevo de la serpiente de otra guerra que amenazó con el espanto de la destrucción nuclear a la humanidad entera, la Guerra Fría.

También fue en el Berlín dividido en cuatro zonas, una por cada potencia aliada, donde se libró la primera batalla de la sorda confrontación que mantuvieron Estados Unidos y la Unión Soviética, y la última, pues en Berlín se derrumbó el comunismo, 41 años más tarde, a la vez que caía el muro que dividía la ciudad desde 1962. A partir de junio de 1948, durante 10 meses y 23 días, dos millones y medio de berlineses quedaron atrapados en el cerco decretado por las autoridades soviéticas, que cerraron todos los accesos terrestres e impidieron los desplazamientos de las tropas de ocupación aliadas. La jugada fue la respuesta a la introducción del Deutsche Mark, la nueva moneda destinada a convertirse en el motor que reforzara la federación de la Alemania Occidental y en expresión de la fortaleza de su economía. El Kremlin quería obstaculizar la formación del nuevo Estado alemán en el Oeste y que el control de la vieja capital alemana cayera entero en sus manos. No consiguió ni lo uno ni lo otro. El bloqueo aceleró la formación de la República Federal de Alemania, y el puente aéreo organizado por Estados Unidos, que mantuvo a la ciudad abastecida y comunicada durante diez meses, impidió que Berlín cayera como una fruta madura en manos de Stalin.

El puente sobre Berlín fue la mayor operación militar realizada por los aliados una vez terminada la guerra. Participaron 132 aviones norteamericanos y británicos, que realizaban cada uno dos vuelos de ida y dos de vuelta por los tres corredores aéreos establecidos en los acuerdos de ocupación. La opinión pública norteamericana siguió la espectacular operación logística como sólo se siguen las conflagraciones bélicas, en un clima de unidad nacional y de fiebre antisoviética. Estados Unidos confirmó así su compromiso con Europa, después del impacto producido por la instalación de un régimen comunista en Praga unos meses antes, en febrero de 1948.

Berlín, víctima directa del reparto del mundo en zonas de influencia entre Moscú y Washington, protagonizó un segundo episodio trágico el 17 de junio de 1953, cuando los obreros de la construcción que levantaban el bloque 40 de la avenida de Stalin se declararon en huelga y se lanzaron a la calle en manifestación. La protesta se dirigía contra un paquete de medidas económicas que incluía un aumento de los precios, de los impuestos y de la jornada laboral, sin incremento salarial alguno.

La acción de los albañiles berlineses fue como una cerilla que encendió la joven República Democrática Alemana, en el primer levantamiento de masas contra un régimen comunista de la historia, que terminó con la intervención armada de 16 divisiones acorazadas y de 20.000 hombres del Ejército Rojo, y una represión implacable que incluyó un centenar de ejecuciones, millares de detenciones y largas penas de cárcel para un buen número de ciudadanos. Fue un antecedente del levantamiento de Hungría en 1956, de la Primavera de Praga en 1968, de la fundación de Solidaridad en Gdansk en 1980 y de la propia caída del Muro en 1989. Bertolt Brecht escribió con tal motivo su poema "La solución", que termina con los célebres e irónicos versos en que sugiere que "el gobierno disuelva al pueblo y elija a otro".

Después del levantamiento obrero y popular de 1953 ya vino la construcción del Muro, el episodio infamante con el que el régimen títere de Moscú encerró a su población en un recinto de seguridad, lleno de alarmas y de guardias, para impedir que siguiera la huida masiva hacia el Oeste. La operación, realizada en muy pocas horas en la noche del 12 al 13 de agosto de 1961, convirtió a Berlín Occidental en una isla dentro de la República Democrática Alemana, y en una cárcel a todo el país bajo dominación comunista. Hasta esta fecha, más de tres millones y medio de personas habían huido del bloque soviético a través de la frontera interalemana, la mayor parte andando o utilizando el transporte público berlinés. Cinco mil más intentaron saltar hasta 1989 aquel muro de 45 kilómetros que iba creciendo en dificultad y en vigilancia, y entre un centenar y dos perdieron la vida en el intento.

Fue otra noche, la del 9 al 10 de noviembre de 1989, cuando culminó y terminó la sincronización trágica entre la historia de Berlín y la del mundo. En unas pocas horas nocturnas terminó la Guerra Fría con la apertura de los puestos fronterizos al tráfico libre de los ciudadanos del Este hacia el Oeste. Se inició también el camino veloz hacia la unificación alemana, que sólo tardó once meses en llegar, el 3 de octubre de 1990, y el de la recuperación de la capitalidad de la república unificada, que se produjo en 1999 con el traslado del gobierno y el parlamento a la vieja ciudad prusiana. Pero ésta ya es otra historia, lejos de la tragedia y de la muerte, aunque nunca del olvido. La capital de la República Federal recuerda en multitud de monumentos y edificios su biografía convulsa, pero lo más destacado es que la herida que cruzó su rostro durante 28 años y el cráter que quedó abierto desde 1945 han sido las zonas donde se han producido el mayor crecimiento y el mayor cambio en las dos décadas transcurridas desde la clausura de su historia.

© EL PAIS, SL

EL MAYOR EXPERTO EN FUGAS - TESTIMONIO

DURANTE AÑOS HASSO HERSCHEL ORGANIZÓ RESCATES DE PELÍCULA: CAVÓ TÚNELES, ARMÓ VEHÍCULOS CON BAÚL DOBLE, UTILIZÓ AUTOS DIPLOMÁTICOS. UNAS MIL PERSONAS DE LA RDA PAGARON POR SUS SERVICIOS

**Juan Pablo Morales para LA NACION
Domingo 1 de noviembre de 2009**

El pico sacudió desde abajo la tierra y el silencio cuando cayó la noche. La fábrica abandonada del Este que habían dibujado cien veces en los planos ahora estaba ahí arriba, a menos de un paso. Hasso se arrastró por el fango oloroso y respiró profundo. Todavía sentía el pánico al fantasma de los traidores, los espías y la mala suerte.

A una cuadra, su hermana Anita abrazaba a su hija en la mesa de un café, ansiosa por recibir una señal. No lo sabía, pero compartía la espera con otras 27 personas. Un desconocido pidió un expreso, sacó un cigarrillo, intentó prenderlo con un encendedor roto. Anita reconoció el mensaje. Contuvo las lágrimas. Agarró de la mano a su hija y siguió al desconocido entre los soldados: en el silencio de la fábrica encontró la tierra sacudida desde abajo, la salida del primer túnel que burlaba el Muro de Berlín.

A Hasso Herschel los ojos todavía se le ponen vidriosos. Repasó muchas veces en la memoria aquella noche del 14 de septiembre de 1962: la boca de la salida del túnel, el tobogán improvisado con maderas bajando hacia el barro resbaloso, su hermana gateando seis metros debajo del suelo entre los tabiques del camino zigzagueante. Ciento sesenta metros después, una escalera que sube a Bernauer Strasse. El Oeste. Cierra los ojos: escucha a todos gritar, como si descubrieran una suerte de tesoro perdido.

Hasso siente que relata la película de su vida. Y de una ciudad. Una ciudad que lo hizo sentir trascendente. Una ciudad que ya no es la misma, pero que todavía mantiene vivos los espectros de la división y el desdoblamiento. Como si la memoria estuviera hundida en una cicatriz. Se ve en la calle y en sus habitantes. En Bernauer Strasse ya no está el edificio donde Hasso comenzó la excavación. Tampoco hay rastros la fábrica del este donde construyó la salida, del otro lado, en Schönholzer Strasse. Pero el hormigón de los monoblocks rusos que aún cercan el paisaje levanta una suerte de frontera invisible. Que convive con los palacios prusianos, con los huecos de las ruinas de la Segunda Guerra Mundial, con la tecnología moderna y resplandeciente que el Oeste levantó sobre las huellas del muro. Berlín es siempre más de una ciudad.

Hasso se reconoce en las heridas. Alza la voz cuando se concentra en los detalles: en cómo la noticia del túnel recorrió el mundo con la velocidad del interés político, en cómo la cadena norteamericana NBC le pagó 15.000 marcos para filmar cada beso y cada lágrima de la fuga. En cómo descubrió en ese momento cuál sería su destino: el riesgo por amor podía convertirse en un negocio.

El rescate de su hermana lo convirtió en un "profesional". Una suerte de organizador de fugas de todo tipo: con túneles, con camionetas de caja doble, con autos diplomáticos y hasta con helicópteros. Un rescatista que cobraba honorarios. "Fue mi oficio. El más trascendente de mi vida", aclara hoy, en una mesa de hotel, en el incipiente otoño alemán de 2009. "La gente golpeaba la puerta de mi casa. Rescaté 1000 personas en 10 años. Fue cuando mi vida tuvo más sentido." Los ojos se le ponen vidriosos, otra vez. Hasso deja de gesticular, se rasca la sien desnuda, le pregunta a la traductora sobre ese país que llaman la Argentina. Vuelve a ser un hombre de 74 años que mira desde el fondo de unos lentes pesados, que ahora vive recluido en una granja en Uckemark. Arrastra una especie de identidad partida. Como Berlín. Ya no es el de hace medio siglo, cuando se creía invencible.

Tenía 18 años el amanecer del 17 de junio de 1953, el día que 400.000 alemanes paralizaron los centros industriales orientales, en contra de los recortes de salarios del régimen soviético. La protesta económica que terminó en un reclamo político, concentrado entre la puerta de Brandemburgo y la plaza Marx-Engels.

El mismo trayecto donde hoy la colonia turca se gana la vida con la identidad dual: un puestero vende Trabants de juguete, un falso soldado ruso estampa postales con sellos del Este, un muchacho firma visas viejas a cambio de euros. O de dólares. Una parodia de verdades irresueltas. Basta ver una elección: la izquierda resucita en las ciudades orientales, donde pueden alcanzar hasta el 40 por ciento de los votos. En el Oeste le cuesta llegar a 1.

Pero, en 1953, a Hasso la política no le preocupaba tanto. Lo que más le molestaba era no poder escuchar jazz. Enfrentó tanques a piedrazos. Al otro día, el servicio secreto ruso lo fue a buscar a su casa. Alguien lo había delatado. Casi todos lo conocían: era una joven promesa deportiva, el tercer nadador más rápido de la República. Lo dejaron libre a las dos semanas, bajo la promesa de que no volviera a equivocarse.

Pero Hasso se equivocó. Empezó a comerciar en el Oeste y a hacerse de dinero prohibido. Lo atraparon una tarde del 54 con una máquina de escribir, una cámara de fotos y un largavistas. No lo perdonaron. Durante semanas lo interrogaron diez horas diarias, sin interrupciones. Las preguntas siempre se parecían: "¿Cuáles son tus contactos en el Oeste?" "¿Quiénes son tus cómplices?" Lo condenaron a 6 años de trabajos forzados.

Construyó vías de ferrocarril cinco días a la semana durante los siguientes 4 años y medio. Por trabajar horas extras le conmutaron 10 días por mes. Salió una noche de 1958. Una amiga le ofreció un pasaporte suizo. Lo aceptó el 13 de agosto de 1961, el mismo día que se anunció la construcción del Muro.

APENAS UN TURISTA SUIZO

La tarde del 21 de octubre agarró sus cosas y le prometió a su hermana que volvería por ella. Disimuló el frío nervioso que le corría por la espalda en la garita de Checkpoint Charlie. "¿Motivos de la visita?", le preguntaron. Respondió sin respirar: "Turismo". Un soldado miró el pasaporte suizo, levantó la vista, volvió a mirar el pasaporte. El silencio parecía una eternidad: "Está bien. Pase."

Cuatro días después, tanques soviéticos y norteamericanos se encontrarían por primera vez cara a cara en ese mismo lugar. A Hasso ya no le importaba: había empezado a planificar el rescate de Anita. Se contactó con dos italianos que preparaban sus propios planes. Reclutaron a un puñado de voluntarios y empezaron a dibujar mapas. Compraron tabiques, luces, picos y palas. Un año de planificación. Cinco meses de trabajo. Sortearon la mala suerte cuando un caño roto casi inundó el túnel. Se sintieron afortunados cuando la NBC les pagó por adelantado.

Durante los siguientes 10 años, Hasso aprendió el negocio: sacó camionetas ilegales por Checoslovaquia, usó autos diplomáticos que los soldados no revisaban, fabricó soldadoras huecas que escondían pasajeros. Llegaron a pagarle hasta 12.000 marcos (unos 6000 dólares) por rescate. En 1966, su madre murió mientras él preparaba otra fuga. No la veía desde el día antes de escapar. Hasso suprime dolores con tonos épicos: "Por todo eso, cada rescate era como una victoria".

Las victorias se terminaron en 1972. Ese año se firmó un acuerdo que alivió los trámites para pasar de un lado a otro de los controles fronterizos. Su profesión entonces perdió atractivo y utilidad. Hasso intentó ser otro con la plata que había ganado: compró discotecas, montó negocios, probó suerte con restaurantes. Hasta escribió sus memorias en 24 folios que sirvieron de base para el guión de una película, que se llamó "El túnel" (2001). Jamás le fue tan bien como cuando era rescatista. Terminó mudándose a las afueras de la ciudad.

La noche del 9 noviembre de 1989 lloró frente al televisor. Salió a la calle, caminó solo en la madrugada, cerca de la frontera. Fue hasta la discoteca que tenía. Improvisó una fiesta. "Nadie lo podía creer", suspira. La traductora escucha, pero no puede seguir hablando: los ojos se le llenan de lágrimas. Ella tenía 14 años en 1989. Se excusa y retoma la charla: "Fue un momento increíble. En el Este nunca más volvimos a vivir una cosa así." Los dos, entonces, se quedan callados. Como si en el silencio de Berlín los espectros todavía hablaran.

MEMORIAS DEL OTRO MUNDO

CRECIÓ EN LA RDA, HIJA DE PADRES SOCIALISTAS, PERO FUE CRÍTICA DEL RÉGIMEN Y SUFRÍO LA REPRESIÓN, LOS INTERROGATORIOS Y EL ENCIERRO. HOY, INES PATZIG-BARTSCH VIVE EN LA ARGENTINA Y CUENTA SU HISTORIA

Francisco Seminario para LA NACION
Domingo 1 de noviembre de 2009

Parece difícil unir en una misma línea los puntos que recorre la vida de Ines Patzig-Bartsch: una infancia rural en Alemania del Este, en el seno de una familia de firmes convicciones socialistas; una adolescencia rebelde, dentro de los márgenes de la rebeldía posible para la época y el lugar; una fuga que fue como un exilio interno en los confines de la RDA, y una juventud de militancia crítica, que culminó bruscamente en una noche de marchas, golpes y encierro mientras el mundo que conocía pasaba de la burocracia mediocre a la represión brutal y, un día -20 años atrás-, a la nada.

Por esos días, también, una noche de desvelo que recuerda como si fuera ayer: comenzó con la rueda de prensa en que, por un equívoco que aceleró la historia, el funcionario del partido Socialista Unificado Günter Schabowski recibe un papel y anuncia, al aire, que a partir de ese momento se levantaban las restricciones de viaje. Más de tres décadas de prohibiciones barridas de un plumazo. Ines, con 26 años, corrió por la casa amplia que compartía con otros jóvenes, despertó a todos, se entusiasmó y temió desilusionarse; evaluó salir y finalmente esperó al día siguiente. Pensó que tal vez cerrarían otra vez la frontera a sus espaldas y su hijo de cinco años quedaría al otro lado. Pensó que si salía con su hijo tal vez no podrían regresar a su hogar. Y mientras pensaba y observaba sin dar crédito a sus ojos, las calles aledañas se llenaban de una multitud festiva que avanzaba en la noche helada hacia los puestos fronterizos. "Fue muy emocionante cuando por fin crucé -recuerda-, aunque si bien me daba curiosidad conocer el otro lado, nosotros más bien pensábamos en transformar la RDA, poder ir y venir sin necesidad de exiliarnos para siempre. Es decir, no había en mi generación un reclamo de reunificación: crecimos con el muro. No teníamos conciencia de nación".

El último punto en su biografía es todo un salto en tiempo y espacio: sitúa a esta especialista en pedagogía de 46 años en la Argentina actual, en una oficina del Instituto Goethe de Buenos Aires. Desde hace casi dos años lidera el capítulo local y regional de la iniciativa oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania "Los colegios, socios para el futuro", de promoción de la enseñanza del idioma alemán en el mundo.

Parece difícil, pero Inés relata su historia y de a poco los puntos se van uniendo. Lo más complejo es unir todo ese pasado con el lugar vacío que dejó lo que ella todavía llama, sin nostalgias, "mi país". Es una sobreviviente de la Atlántida. O de Troya.

Su mundo desapareció para siempre. Y contar cómo era aquello la obliga a bucear en su memoria, buscar las palabras precisas y traducirlas en todo su sentido. Porque la división que estableció esa muralla pasaba también por las palabras. "En mi país no lo llamaban muro, sino barrera antifascista", cuenta. Del mismo modo, el Pacto de Varsovia era el Acuerdo de Varsovia. Sutilezas del lenguaje. Propaganda. "Pretendían dar la idea de que el muro nos protegía de algo peligroso, pero sólo querían evitar que la gente escapara".

Durante los primeros años, en una ciudad pequeña entre Dresden y Chemnitz, cerca de la frontera con Checoslovaquia, el Muro no era una realidad cotidiana ni, casi, tema de conversación en la mesa familiar. Salvo por las historias de su abuela materna, una costurera de Berlín que había conocido la ciudad anterior a la guerra, había padecido los bombardeos aliados con dos bebés a cuestas y, tras la guerra, la madre de Ines solía ir en secreto a los barrios del Oeste a comprarle telas porque del lado soviético ya no se conseguían.

Padre y madre socialistas, él consejero escolar de distrito afiliado al Partido Socialista y ella maestra, en su casa los ideales de la dictadura del proletariado se predicaban y se practicaban: todos debían tener una buena educación, no había razón para que hubiera diferencias entre un doctor y un campesino...

Ese mundo de verdades absolutas comenzó a resquebrajarse para ella cuando terminó el colegio y en lugar de presentarse a la carrera de profesorado de ruso y alemán que le había sido asignada -"quería estudiar historia y alemán, pero me asignaron esto otro como método de concientización sobre las necesidades de la sociedad", explica- dejó la casa familiar y huyó a Hungría, a dedo. Allí conoció a un chico holandés con el que se reencontró muchas veces en los años siguientes, de manera ilegal siempre, porque estaban prohibidos los encuentros privados con gente del Oeste. Se veían en Hungría, en Checoslovaquia, en Alemania... El cruzó tantas veces la frontera que su ir y venir llamó la atención de la Stasi, la CIA y la seguridad holandesa.

"No entendían por qué cruzaba tan seguido". Inés recibió advertencias, le revisaron las cartas y se las entregaron abiertas. Lo importante era que ella supiera que ellos sabían. En esa amistad, dice, encontró por primera vez una mirada distinta sobre la historia.

ESCAPAR AL SISTEMA

Siguió la fuga al norte, para eludir la universidad. Por un tiempo fue mesera en un centro de vacaciones para el proletariado. Era una forma de vivir un poco al margen, aprovechando ciertos "agujeros" del sistema porque, en realidad, "los controles no siempre funcionaban bien", cuenta. "Creo que eso de que la Stasi sabía absolutamente todo es un mito de Hollywood, aunque sabía mucho". Había otros jóvenes allí. Jóvenes cuya rebeldía no pasaba de cierto inconformismo: se dejaban el pelo largo y muchos vestían siempre de negro, por ejemplo. "No podíamos oponernos al régimen sin ser penados por ello, pero con nuestra ropa podíamos expresar descontento. Era una forma de proclamar que no estábamos de acuerdo con el socialismo tal como se lo estaba practicando".

Recuerda de esa época una noche en que fueron todos a nadar desnudos a la costa del Báltico. Las patrullas de la RDA los iluminaron con sus focos, los obligaron a salir del agua, los colocaron en fila y los acusaron de querer escapar a nado a Dinamarca.

De regreso en Berlín consiguió trabajo en el área cultural, en la Casa de los Jóvenes Talentos, que derivó en un trabajo en la organización de los festivales oficiales de la juventud, bajo la dirección de Egon Krenz, entonces jefe del Comité Central de la Juventud Libre y más tarde líder de la RDA. "Fue una especie de castigo, una experiencia muy fuerte porque estábamos en contacto directo con el sistema de propaganda del régimen".

En 1984 quedó embarazada, comenzó por fin a estudiar profesorado de alemán e inglés en la Universidad Humboldt, de Berlín, y un par de años después comenzó su activismo político. Se enroló en un sector más crítico que opositor: el Foro Nuevo. No pretendían terminar con el socialismo sino cambiar el sistema por dentro. Ella y su grupo de trabajo querían modificar los contenidos de las materias, por ejemplo. No aspiraban a mucho más que eso. "Como oposición intelectual sentíamos que no debíamos dejar a nuestro país en manos de esta gente que hacía cosas realmente absurdas".

Se recibió el 1 de octubre de 1989. Una semana más tarde, en una marcha de protesta con el país ya en un estado de ebullición, recibió una feroz golpiza. Eran días de locura. El régimen se endurecía poco antes del final y la represión se veía en las calles. "Estaba con un compañero de universidad y nos pegaron mucho, quedé toda llena de sangre -relata-, luego nos pusieron contra una pared, durante horas, nos sacaron fotos, nos interrogaron..." La encerraron durante 30 horas, le abrieron un proceso y entre las pruebas en su contra presentaron los documentos críticos que había firmado y escritos que habían salido de su máquina de escribir. Increíblemente, la tenían identificada. Hubo once acusaciones: resistencia contra el poder estatal, difusión de ideas opositoras, pertenencia a organizaciones opositoras prohibidas...

Pero todo quedó sin efecto muy poco después. Cayó un mes más tarde, junto con el Muro y el esqueleto vacío del régimen. Veinte años después, Inés mira hacia atrás y dice que nunca pensó que una sociedad podía cambiar tan radicalmente en tan poco tiempo. Tanto que en un momento dado comenzó a sentirse como una extraña en su país. Y entonces decidió irse: Bolivia, primero, luego Turquía y la Argentina. No hay nostalgias. La abstracción que fue la RDA no está más. Y desapareció también ese Muro al que ahora Inés considera un capricho: "El capricho de alguien que se sintió tan importante como para decidir cómo debían vivir millones de personas".

© LA NACION

EN PRIMERA PERSONA

LA PARED INTERIOR

Gente común, residentes de Berlín entrevistados al azar, rememoran la época en que su ciudad estaba dividida en dos mitades. A partir de dos preguntas, cuentan cómo vivieron la noche en que finalmente cayó el Muro y reflexionan sobre su contradictorio legado

Mathías I. Sonne para LA NACION
Domingo 1 de noviembre de 2009

LAS DOS PREGUNTAS:

- 1. ¿Qué hizo la noche del 9 de noviembre de 1989, cuando cayó el Muro?**
- 2. ¿Persiste algún muro invisible que aún divide a Berlín entre un Este y un Oeste?**

BRITA Y HASSAN

Nombre: **Brita**

Edad: **54**

Procedencia: **Oeste**

Ocupación: **empleada en un comercio**

Nombre: **Hassan**

Edad: **55**

Procedencia: **Oeste**

Ocupación: **electricista**

1. Brita: Estaba en mi cama, en casa, mirando televisión. Estaba en los últimos días de mi embarazo entonces no podía salir. Pero pude escuchar todo el ruido y la fiesta que se vivía en las calles.

Hassan: Berlín del Este debe haber estado totalmente vacía. Aquí en Kreuzberg había gente por todos lados, estaba totalmente colmada. Y autos Trabant por todos lados también. Fue increíble. Estuvimos encerrados por décadas por el Muro alrededor de Berlín Oeste, y hubo tanta persecución y chicana desde Berlín Este, y de repente el Muro ya no existía. Increíble.

2. Brita: Sí. Muchos berlineses del Oeste usan expresiones como "Ossies estúpidos" y cosas como ésa. Ellos piensan que la gente del Oeste son siempre más inteligentes y cool. Pero nosotros (Oeste) ya no pensamos tanto en ese sentido de competencia, creo.

Hassan: Mucha gente considera a los alemanes del Este como una suerte de ciudadanos de segunda clase. Nosotros los turcos solíamos ser los ciudadanos de segunda clase, pero ahora nos convertimos en ciudadanos de tercera clase tras los alemanes del Oeste y del Este. Pero estoy seguro de que las diferencias entre Este y Oeste irán difuminándose con el paso de las generaciones. La gente joven no es tan prejuiciosa.

ELISABETH

Nombre: **Elisabeth**

Edad: **28**

Procedencia: **Este**

Ocupación: **actriz**

1. Estaba sentada en frente de la tele. Estaba muy cansada porque tan sólo tenía 9 años. No entendía realmente qué estaba pasando. Vivíamos en Berlín Mitte, muy cerca del Muro. Entonces mi madre le suplicó a uno de sus amigos que cuidara de mí, se fue al lado del Muro y vio toda la excitación y felicidad alrededor. La gente estaba totalmente loca. Pero a través del filtro de mi niñez también recuerdo todo ese período como muy extraño y algo amenazante.

2. No, no creo eso. Nunca pienso en eso. Vivo en Kreuzberg en Berlín Oeste ahora, y uno no puede ver ni sentir alguna diferencia. Y la gente nunca me pregunta de dónde soy. La única cosa que puede revelar de dónde eres es el lenguaje. Si usas una de las viejas expresiones de moda que la gente sólo usa en el Oeste o en el Este de Alemania. Por ejemplo si llamas a un pollo asado por "broiler" o por "hähnchen". Pero vamos, tampoco sucede realmente todos los días.

STEPHAN

Nombre: **Stephan**

Edad: **53**

Procedencia: **Oeste**

Ocupación: **dueño de un comercio de lámparas y muebles**

1. En ese entonces era conductor de un taxi, y escuché la noticia en la radio. Suspendí el resto de mi jornada y corrí a casa a buscar a mi novia. De ahí nos fuimos al cruce limítrofe en Oberbaumbrücke. Fue totalmente increíble. Era una gran fiesta, toda gente alrededor, tomando, gritando, celebrando. Increíble. La atmósfera era alucinante y por supuesto fuimos al lado Este del puente aún sin saber cuán fácil sería volver de vuelta de allí. Vivíamos tan cerca de esa parte de Berlín, pero nunca habíamos estado ahí antes. Fue surrealista. Difícil de creer.

2. No entre la gente que conozco. Pero en las generaciones más adultas debe haber aún algunas diferencias. Especialmente entre los ancianos, ciudadanos decepcionados de la RDA, quienes creyeron en el partido y aquel futuro de país. En las partes internas de Berlín tú no ves ninguna diferencia ya, pero si vas a los suburbios, en el sector Este de la ciudad, todavía verás ciertas diferencias. La arquitectura es distinta, pero también la ropa que lleva la gente. Especialmente los zapatos. Durante las elecciones, la gente también vota muy distinto en Alemania del Este. Pero Berlín oriental ha sido siempre algo distinto de Alemania del Este.

KARIN

Nombre: **Karin**

Edad: **71**

Procedencia: **Este**

Ocupación: **ex coiffeur, hoy pensionista**

1. Ya no lo recuerdo. Vivo en un área tranquila, donde no pasa realmente nada aquí y nada pasaba realmente en ese entonces tampoco. El Muro estaba allí abajo, al final de mi calle, así que podíamos mirar a los edificios justo allí en Berlín Oeste. Oh, un momento... sí, me quedé en casa esa noche, pero mucha gente salió e hizo fiesta en las calles. La mayoría estaba feliz pero también sentía incertidumbre. No sabíamos qué es lo que le iba a pasar a nuestro país.

2. Sí. Nosotros, berlineses del Este, somos más directos y fáciles de establecer contacto, de conocer. Los del Oeste suelen ser más contenidos y se comportan como si fueran siempre mejores que nosotros. Todo es mejor allí. Al menos los salarios. Y obtienen mejores pensiones que nosotros. No se puede hacer mucha gracia de mis 700 euros mensuales.

XENIA

Nombre: **Xenia**

Edad: **32**

Procedencia: **Oeste**

Ocupación: **escenógrafa**

1. Lo miré por televisión. Tenía 14 años, pero la impresión más fuerte de esa noche fue mi padre llorando sin parar. De felicidad y satisfacción. Y cuando luego yo misma fui a Berlín Este por primera vez, sentí como si entrara en otro mundo. Debías mostrar tu pasaporte y todo era tan oscuro y algo temible, para alguien viniendo de Alemania del Oeste.

2. Sí. Llevará un tiempo, estimo. Varias décadas. Pero lentamente se difuminará. Un ejemplo es la mirada acerca de la religión. En el Este tratan de suprimir toda forma de religión y sustituyen la confirmación con una "consagración a la juventud socialista". Esa clase de tradiciones aún existe, aunque suene increíble. Pero también lo entiendo, porque Este y Oeste no fueron reunificados. El Este fue tan sólo obtenido por la Alemania Oeste. En algunas zonas de Berlín todavía puedes sentir una atmósfera de Berlín Este o de Berlín Oeste. Pero aquí en Prenzlauer Berg hay muchos extranjeros y difícilmente algún berlinés original. En las calles puedes escuchar más lenguas escandinavas e inglés que alemán, así que ya no es más Berlín Este realmente, es sólo Berlín.

DANY

Nombre: **Dany**

Edad: **25**

Procedencia: **Este**

Ocupación: **estudiante de economía**

1. Sólo tenía cinco años, así que personalmente no recuerdo mucho. Aun así, recuerdo a un montón de gente construyendo una larga cadena humana. Y Gorbachov en la televisión. Mi madre me dijo que era un buen hombre. Y por supuesto, mis padres estaban inmobilizados. Aún como un niño de cinco años, sí entendí que se trataba de un tiempo muy emotivo.

2. Aquí en la parte central de Berlín uno no siente realmente ninguna diferencia. Todo fue renovado, y la población está muy mezclada. Pero si vas a las afueras de Berlín o a ciudades menores en la ex RDA seguro verás aún una diferencia. Y por supuesto muchos berlineses del Oeste siguen haciendo bromas sobre la gente del Este, pero no creo que sean sinceros. Es sólo un mal sentido del humor.

Por otro lado, existe aún una diferencia obvia: los alemanes del Este tienen sentimientos más fuertes por su país que los alemanes del Oeste. Hablan más de Alemania como de su nación, usan la bandera alemana más seguido y, en general, se enfocan más en sus raíces que los del Oeste.

GÜNTHER

Nombre: **Günther**

Edad: **55**

Procedencia: **Oeste**

Ocupación: **pintor y fotógrafo**

1. Estuve en distintos cruces del Muro y sentí la atmósfera increíble en todos lados. Fui a Berlín Oeste algunas semanas antes de que el Muro cayera, cuando realmente comenzó a fundirse con Berlín Este. Fue sumamente intenso. Realmente difícil de creer. Por un lado, muy positivo y estático en su atmósfera, pero por otro, la gente estaba muy escéptica.

Temíamos que se volviera violento y agresivo. Los líderes de la RDA habían apoyado oficialmente la masacre contra los manifestantes en la Plaza de Tiananmen en China. No sabíamos qué tan débil estaba la RDA realmente, por eso teníamos mucho temor, no sabíamos cómo y en qué terminaría todo.

2. Sólo en la generación de adultos, creo. Los jóvenes no son tan dependientes del pasado. Pero las paredes que aún existen están dentro de nosotros. Mi familia vive en el área limítrofe entre Este y Oeste, en Thüringen, y fuimos separados en dos partes cuando el Muro se levantó. Fue muy doloroso. Esa es probablemente la razón por la cual yo considero la idea de un país dividido como algo totalmente contra natura. Por supuesto que la reunificación ha sido difícil y muy costosa, pero a mi modo de ver parece ridículo que tantos alemanes aún se lamenten por la reunificación de nuestro país.

ECOS DEL MURO EN LA ARGENTINA

Marcos Novaro para LA NACION
Domingo 1 de noviembre de 2009

En 1989 la historia argentina pareció de pronto alinearse con la del resto del mundo. La hiperinflación que se desató durante ese año, coincidentemente con el derrumbe del Muro de Berlín y el resquebrajamiento del modelo soviético, tuvo un rol decisivo en ello: empujó a una porción considerable de las elites dirigentes y de la opinión pública nacional a abrazar, de modo bastante inesperado, la fe en el mercado y en la globalización como únicas vías para recuperar el crecimiento económico, lograr la estabilidad y salvar al país del aislamiento y el atraso en que había ido cayendo. La sorpresa que esto provocó fue doble. En primer lugar sorprendió que quienes adquirieron un protagonismo central en ese nuevo consenso y en empujar al país por el camino que parecía abrirse hacia el futuro, eran los mismos que hasta ese preciso momento más habían batallado contra la idea de que la democracia y el progreso social pudieran estar asociados con el libre mercado. Segundo, sorprendió que el giro que ellos realizaron -y su coincidencia con el triunfo del capitalismo sobre el socialismo en el nivel global- viniera a desmentir una, a esa altura, ya larga tradición nacional de andar a contramano del mundo. Desde sus orígenes, en verdad, la Argentina se había caracterizado por ser un país sensible a los vientos que soplaban desde las naciones desarrolladas. Pero en el medio siglo previo a 1989 fue en reiteradas ocasiones incapaz de sacar provecho de ellos, de interpretarlos correctamente y adaptarse a tiempo a los incentivos y las restricciones que creaban.

Aunque de todos los desaciertos cometidos en esa dirección, sin duda el non plus ultra de la incomprensión y la inubicuidad fue el que ofreció el Proceso inaugurado en 1976. Todavía bajo el signo de la Guerra Fría, las dos premisas que guiaron al régimen frente a lo que, entendía, mandaba el escenario internacional nos legarían sendos dramas nacionales que aún nos acompañan y nos distinguen en el concierto de las naciones: el terrorismo de Estado y la deuda externa. Deuda y desaparecidos fueron los dos peores legados que recibió la democracia argentina. Alfonsín no tardó en entender lo que eso implicaba, y desde 1985 buscó por todos los medios adaptar su proyecto democratizador a las tendencias modernizadoras y aperturistas que estaban avanzando en el mundo, inspirándose para ese en lo que hacía la socialdemocracia española. Sólo que no encontró mucho eco. Todavía era fuerte la creencia de que la autarquía solucionaría los problemas nacionales, que era preferible una buena pelea con el Fondo y Estados Unidos que cualquier arreglo, y que la Argentina no arrastraba problemas estructurales irresueltos, sino que, fruto de designios extraños, había sido sometida a malas políticas que artificialmente la habían empobrecido. Debería todavía atravesarse el calvario de la hiperinflación para que esas ideas terminaran de debilitarse y madurara en su lugar un nuevo consenso. Que había venido forjándose, incluso entre los sindicalistas y políticos peronistas, al calor de los sucesivos fracasos de una economía regulada, cerrada e inflacionaria.

Pero que encontró un decisivo respaldo en la simultaneidad con los sucesos que tenían lugar en el bloque soviético. Nunca una crisis nacional fue tan oportuna como entonces, ni un liderazgo emergente estuvo tan bien provisto, en términos de sus dotes de ubicuidad y adaptabilidad, para sacar provecho de la situación resultante. Con lo bueno y lo malo que podía resultar de ello. Porque si la caída del Muro pudo ser leída en el escenario local como la prueba que faltaba sobre los males del estatismo, las economías autárquicas y las trabas a la iniciativa privada, también conllevó la asunción, desde una perspectiva que por momentos adquirió visos de fanatismo ideológico (apenas velado por el discurso del fin de las ideologías), de que "pobres habría siempre", de que el mercado consistía -antes que en instituciones reguladas que aseguraran la competencia- en que el pez grande se comiera al chico, y que la democracia debía liquidar todo impedimento para que los económicamente exitosos impusieran sus fines y modos de actuar al resto de la sociedad.

Con lo que se perdió, en el agua sucia del intervencionismo heredado, la misma posibilidad de identificar y defender intereses públicos. Lo cierto es que si nuestro país lograría presentarse desde 1989 como modelo ejemplar de las reformas de mercado y la modernización capitalista, sería no sólo porque estaba dispuesto a adaptarse a las nuevas tendencias imperantes en el mundo, sino que al hacerlo creía reencontrarse con su "misión histórica": ser un caso aparte, que gracias a sus exclusivas dotes, y las aún más exclusivas de sus líderes, podría saltarse etapas, abstenerse de replicar el esforzado camino de otras naciones, que habían invertido años y cuantiosos recursos en crear instituciones y bases sólidas para sus economías, e irrumpir rutilante y sorpresivamente en el Primer Mundo. Semejante promesa -encarnada por Carlos Menem- resultó demasiado tentadora y, durante años, veló el buen juicio de empresarios, sindicalistas y políticos, tanto peronistas como liberales.

© LA NACION

El autor es investigador del Conicet y director del Centro de Investigaciones Políticas

LA MIRADA DEL MUNDO ESTÁ PUESTA EN BERLÍN

SE CUMPLEN 20 AÑOS DE LA CAÍDA DEL MURO

Domingo 8 de noviembre de 2009
Elisabetta Piqué para LA NACION
Enviada Especial



Conciertos, exhibiciones, muestras, eventos, debates, documentales, ceremonias, fuegos artificiales y megaeventos transmitidos en vivo y en directo a todo el planeta. Los reflectores del mundo del siglo XXI, unipolar y globalizado, están puestos sobre Berlín, que mañana celebrará el 20° aniversario de la caída del Muro de la Vergüenza, que significó la reunificación de Alemania y el principio del fin de la Guerra Fría.

La conmemoración de este hecho histórico será espectacular. Tanto, que ya hay quienes denuncian que tantas luces terminarán ocultando las sombras. Es decir, el costado amargo de la reunificación alemana: el desencanto por la aún apremiante situación económica que hay en el este del país y las tensiones aún existentes entre *wessies* y *ossies* (alemanes del Este y del Oeste).

La expectativa, sin embargo, es alta. Para asistir a la denominada Fiesta de la Libertad llegarán muchos huéspedes ilustres. Desde los premios Nobel de la Paz Mikhail Gorbachov y Lech Walesa ?protagonistas de la gesta que derivó en la caída del Muro de la Infamia?, artistas como el director Daniel Barenboim y líderes mundiales como el presidente francés, Nicolás Sarkozy; el premier británico, Gordon Brown, y la secretaria de Estado norteamericana, Hillary Clinton, entre muchos otros.

No por nada en la posmoderna y vibrante Berlín reina un clima de cuenta regresiva. Todo gira en torno de la *mauerfall* (la caída del Muro) y en la gran fiesta de mañana, que tendrá su centro en la Puerta de Brandeburgo, que fue durante 28 años la frontera más emblemática entre la parte oriental y occidental de la ciudad y que ahora es el símbolo de la reunificación. Nativos y extranjeros recorren esta zona imponente de la capital y hacen cola para visitar el museo del Checkpoint Charlie, el puesto de control que hace 20 años dividía el corazón de la ciudad en la hoy elegante Friedrichstrasse. Cerca de allí, en Potsdamer Platz, ya pueden verse las enormes piezas de dominó, de más de dos metros de alto, que serán protagonistas de la gran fiesta-show de mañana, que con un recorrido de un kilómetro y medio sobre el viejo trazado de la frontera, recordará el efecto que tuvo la caída del Muro de Berlín en Europa y en el resto del mundo.

Muchos filman con sus celulares las piezas gigantes y, se sacan fotos ante viejos pedazos de muro pintados con graffiti que han sido vueltos a colocar para la ocasión. Todo para recordar el horror de esa barrera de cemento que empezó a ser construida el 13 de agosto de 1961 por el opresivo régimen soviético que controlaba la República Democrática Alemana (RDA). Un muro derribado al grito de "somos un pueblo" y a golpe de barrotes y martillos durante la histórica noche del 9 de noviembre de 1989, hace ya 20 años.

La euforia que se vivió entonces, sin embargo, ya no existe. Quienes en aquel momento tenían 20 o 30 años, parecen desencantados. Sí, todos recuerdan con gran emoción esa noche en la que los *ossies* cruzaron "del otro lado", hacia la libertad, con sus viejos y destartalados Trabant, el modesto auto fabricado en la RDA. Todos recuerdan cuando los alemanes del Este, asombrados, por primera vez vieron y tocaron el Oeste libre, rico y paraíso del consumo, y bailaron y se abrazaron con sus hermanos del "otro lado". Pero las emociones quedaron atrás. Hoy el desencanto es fuerte y hay hasta quienes creen que el aniversario ha sido sobredimensionado a nivel mediático. "Para la gente que conozco, el 20° aniversario del Muro no es un tema. Creo que es algo que impresiona más a los extranjeros que a la gente de acá", comenta Christian Bauschke, abogado, de 46 años.

"El romance entre los alemanes del Este y del Oeste fue breve. Si bien al principio teníamos interés los unos por los otros, ahora se desvaneció. Hay tensión entre las dos partes y cada una intenta demostrar que es mejor que la otra. Los alemanes del Este y del Oeste están en competencia, como sucede entre dos hermanos gemelos", explica a La Nación Ilka Piepgrass, editora de Zeit Magazin, el semanario del diario Die Zeit, nacida en Stuttgart hace 44 años.

"El hecho de que la canciller Angela Merkel sea originaria de Alemania oriental es todo un símbolo. Si bien después de 20 años los alemanes del Este están de mejor humor y tienen más autoestima, todavía hay una brecha económica muy grande entre las dos partes. En el Este hay mucho más desempleo y los jóvenes están obligados a irse al Oeste para poder obtener un empleo", agrega.

"ESTÁ EN LA MENTE"

Mirko Beinert es una prueba viviente de esto. Nacido hace 24 años en Leipzig, una de las ciudades de la ex RDA, debió mudarse hace un año y medio a esta capital para conseguir empleo como recepcionista de un hotel. Mirko es parte de la generación de los que crecieron sin el Muro, una generación abierta, que no hace distinciones entre *wessies* y *ossies*. "Yo tenía cuatro años cuando se cayó el Muro y lo que sé es por lo que me contaron mis padres o lo que pude averiguar ahora en muestras y museos para entender qué era la RDA.

Para mí no existe el tema entre ossies y wessies, pero para gente más grande sí y es algo que está en la mente", asegura Mirko, que cuenta que tiene amigos del Oeste y hasta está de novio con Tanya, una wessie.

Lo cierto es que, como la mayoría de los alemanes del Este, con la reunificación los padres de Mirko pasaron a engrosar las filas de los desempleados alemanes. Su padre (hoy de 46 años), que solía ser chef en una pensión, nunca volvió a conseguir empleo porque tiene un problema de vista. "Mi padre es ciego en un 85%, algo que le hizo imposible encontrar trabajo por los requisitos que piden para trabajar en una cocina... Pero en la RDA a nadie le importaba su problema, era más importante que hiciera bien su trabajo", dice, sin ocultar su nostalgia por las ventajas sociales de la Alemania comunista, que garantizaba el empleo.

"Yo tengo toda la libertad, siempre la tuve y nunca me di cuenta de que había dos Alemanias. Pero creo que para la gente mayor la frontera va a existir siempre. Tienen que pasar al menos 50 años para que no hayan más tensiones", reflexiona Mirko. ¿Irás a los festejos mañana? "Tengo que trabajar, pero trataré de hacerme una escapada, contesta, teniendo presente una frase que siempre me repiten mis padres, que dicen que no todo lo de la RDA era malo."

WALESA: "GORBACHOV FUE UN POLÍTICO DÉBIL"

BERLIN (AFP).? El líder histórico del sindicato Solidaridad y ex presidente polaco Lech Walesa consideró que el líder soviético Mikhail Gorbachov fue "un político débil" y se alegra de ello, en una entrevista con Spiegel Online. "El primer muro fue derribado por los astilleros navales polacos en 1980", recordó Walesa, en alusión a las huelgas de agosto de ese año y al nacimiento de Solidaridad, primer sindicato independiente del bloque comunista. "Derrotamos al comunismo y la gente de Alemania del Este comenzó a huir a través de las embajadas de otros países. El Muro de Berlín cayó gracias a los fugitivos. Me preocupaba que Gorbachov decidiera detener la huida de las masas y destruir así nuestra victoria. El juego era peligroso. Es bueno que haya sido un político débil y todo haya salido bien."

EL RELATO DE UN VIAJE SOÑADO HACIA EL OESTE Y LA LIBERTAD

UNA ESCRITORA DE ALEMANIA DEL ESTE RECUERDA

Domingo 8 de noviembre de 2009
Bárbara Bollwahn para LA NACION

BERLIN. Me había quedado boquiabierta. Miraba la televisión y no podía creer lo que escuchaba. Un alto funcionario del partido respondía en una conferencia de prensa internacional, transmitida en vivo, la pregunta de un periodista extranjero que quería saber cuándo la gente iba a poder viajar al exterior. En las semanas anteriores, miles y miles de ciudadanos habían manifestado en toda la República Democrática Alemana (RDA, Alemania oriental) para pedir libertad de viajar y libertad de opinión. El funcionario decía que todos podríamos realizar a partir de ese momento viajes privados al extranjero, que se darían los permisos en el corto plazo y que esta medida se pondría en marcha inmediatamente. ¿Qué? ¿Qué había dicho? Ya no sé cuántas veces vi esa escena que ofreció la televisión el 9 de noviembre de 1989. Hasta que lo creí. Al día siguiente, me fui a la policía para pedir un visado de salida definitiva. Me lo dieron sin problema. Tenía 24 horas para salir de la RDA. Sí o sí quería salir lo más rápido posible. Nadie sabía si iban a volver a cerrar las fronteras.

Alrededor de las 22, me fui con dos valijas a la estación de tren. Quería ir de Leipzig a Berlín. La estación estaba repleta, y también los trenes. La gente que estaba a bordo mantenía cerradas las puertas y no dejaban subir a nadie. ¡Qué locura! Tomé la decisión de ir en taxi. ¡Fueron 190 kilómetros en taxi! Fue tan loco como toda la situación. Tenía que pagar el viaje en marcos duros, de la Alemania federal. Los taxistas tenían miedo de que la nafta fuera a agotarse. El conductor me llevó a su casa con su taxi oficial y allí cambiamos de auto. Subimos a un Trabant, uno de estos coches chiquititos de plástico, que fabricaban en la RDA. En la autopista vimos muchos coches con carteles que decían "Volveremos". Me dieron escalofrío. Yo no quería quedarme en la RDA. No creía en una mejor RDA. Quería salir para organizarme yo misma mi vida, sin restricciones ni límites.

En la madrugada del día siguiente, llegábamos a un punto fronterizo en Berlín occidental. Nos dejaron pasar sin ver mi visado ni pedir los papeles del taxista que me llevó hasta el centro, cerca de la famosa avenida Kurfürstendamm, y volvió a Leipzig, donde le esperaba su próximo turno de trabajo. ¡Qué locura! Yo me compré un plano de Berlín occidental para buscar la dirección de una estudiante que había conocido hacía ya un tiempo en Leipzig. Me había dicho que podría quedarme en su casa, si estaba en el Oeste. Ahora estaba en el Oeste y me fui a su casa. Me recibió muy cordialmente y me invitó a desayunar. Comí el primer kiwi de mi vida, con la cáscara. Todavía siento ese dolor algodónoso en la lengua cuando veo un kiwi.

El día siguiente fui a la policía para registrarme. Para gran sorpresa mía, un policía me dijo que tendría que irme a Marienfelde, al campo provisional para refugiados de la RDA. No había otro remedio y me fui convencida que me esperaba sólo un acto burocrático. ¡Nada de eso! Me encontré con miles y miles de compatriotas. Nunca voy a olvidar a ese joven que entró con una gran mochila y muchas ilusiones en una de las salas de espera: "Yo me voy a Estados Unidos. ¿Quién viene conmigo?", preguntó.

En las muchas horas de espera, entendí lo que hacían en este campo provisional para refugiados: los registraban y los enviaban a diferentes regiones de la República Federal, a domicilios de tránsito. A la gente le daba igual a dónde se la mandara. Fue la misma situación de desigualdad, de esperar con los brazos cruzados, que había detestado en el Este. Sin embargo, yo ya tenía mi alojamiento en Berlín occidental.

Cuando me atendió una señora, tachó la dirección que había puesto yo en todos los formularios. "¡Usted no puede quedarse en Berlín occidental!", me dijo. Me quedé paralizada. ¿Cómo? ¿Estaba en el Oeste, y otra vez me querían dictar qué hacer con mi vida?

La mujer me explicó que Berlín ya había cumplido con su cuota de refugiados y como yo ni había nacido ni vivido allá, no podría quedarme. Puso como dirección un domicilio provisional en el sur de la Alemania federal. Varias veces me pidió hacer cola para el transporte. Mis pies no me llevaban allá. ¡Nadie me podía obligar a ir a una región de la cual ni sabía dónde estaba ubicada! Ignoré a la mujer y su instrucción, y salí del campo de refugiados.

En ese momento, sentí con cada fibra de mi cuerpo que estaba en el Oeste, en la libertad. Nadie me podía obligar a hacer nada, y me quedé donde quería quedarme. Poco después, viajé por primera vez en mi vida a España; comencé a ejercer el periodismo y recorrí varias veces América latina. Descubrí México, Venezuela, la Argentina, Guatemala, Costa Rica y Cuba. Esta fue la libertad que siempre me había imaginado.

AMOR SIN BARRERAS

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN SUPUSO A GORBACHOV UN COSTO QUE NO REPARÓ LA HISTORIA

Domingo 8 de noviembre de 2009

Por Jorge Elías para LA NACION

Veinte años después de la caída del Muro de Berlín, Mikhail Gorbachov graba un disco en memoria de su esposa. Raisa Maximovna muere en 1999 mientras recibe tratamiento contra la leucemia en Alemania, unificada 10 años antes gracias a su marido y el canciller de la porción occidental, Helmut Kohl, con la venia de George Bush tras las gestiones de su antecesor, Ronald Reagan, y el papa Juan Pablo II. El padre de la *perestroika* (transformación) interpreta ahora siete de las diez *Canciones para Raisa* con el músico ruso Andréi Makarévich. Son las favoritas de ella. Son, en su voz cascada, el tributo a 45 años de matrimonio. En 1992, los Gorbachov visitan a la Argentina. Le preguntan a él, con tono de broma, si la mancha en su frente es un ingrato recuerdo de las palomas de la Plaza Roja. La mira a Raisa y, finalmente, sonríe. Sobre su espalda carga el peso de la desintegración de la Unión Soviética: los rusos jamás van a perdonarle el sosiego de las tropas soviéticas destacadas en Alemania Oriental mientras cae el Muro de Berlín y, como fichas de dominó, se desencadena el final de los regímenes comunistas de la órbita soviética, así como, ese año crucial, 1989, el retiro de Afganistán.

Tampoco van a convalidar el anuncio televisivo en el cual protesta un anciano por el caos económico, se jacta un muchacho de las oportunidades y se alegra una mujer de tener Pizza Hut en Moscú gracias a Gorbachov. Ni, años después, su participación en la campaña publicitaria de Louis Vuitton, al igual que la actriz francesa Catherine Deneuve y los tenistas André Agassi y Steffi Graf. Todo es parte del cambio. Lo precipita en 1986 el desastre nuclear de Chernobyl. Le confía entonces Gorbachov a Raisa: "No podemos seguir así". Es el secretario general del Partido Comunista. Trepa el palo enjabonado hacia la presidencia soviética, eje de un imperio al borde del colapso. El sistema, antes invulnerable, es ahora tóxico. La política de *glasnost* (transparencia) destapa aquello que ha ocultado la propaganda. En el gobierno sustituye la Doctrina Brezhnev, basada en defender a regímenes afines en otros países, por la Doctrina Sinatra, basada en permitir que esos países se arreglen solos; en la voz de Frank Sinatra, "a mi manera".

En el 40° aniversario de la República Democrática Alemana, el 7 de octubre de 1989, queda en evidencia la soledad del régimen de Erich Honnecker, uno de los pocos defensores de la masacre de Tiananmen, en Pekín; renuncia poco después. En cuestión de semanas, el 9 de noviembre, cae el Muro de Berlín. Esa noche, Gorbachov en persona evita que intervengan las tropas soviéticas apostadas de ese lado del mundo, dividido desde el 12 de agosto de 1961. Kohl está de visita oficial en Polonia; Bush es informado por el Consejo de Seguridad Nacional.

Todo resulta tan sorprendente que un solo canal de la televisión norteamericana, NBC, transmite en vivo y en directo las imágenes del desenlace. El planeta no sale de su asombro. Es la respuesta al clamor popular. Es, también, el enigma que no tendrá respuesta: *What's left?* Tiene dos acepciones: ¿qué queda? y ¿qué es izquierda? En el Este acuñan el término *ostalgie* (mezcla de Este con nostalgia). Definen con ella la añoranza de la economía planificada, libre de un fenómeno tan novedoso y abrumador como el desempleo. En palabras de Gorbachov, "el verdadero logro que podemos celebrar es que el siglo XX marcó el final de las ideologías totalitarias, en particular las inspiradas en creencias utópicas".

No es el final de la historia ni el crepúsculo de las ideologías, pero, en el apogeo de la globalización, reina el desconcierto. La gente se familiariza con los líderes; acaso por el conjuro del poder, los líderes se apartan de la gente. Europa ensaya con híbridos en busca de una marca. La encuentra en la tercera vía, patentada por el director de la London School of Economics and Political Science, Anthony Giddens. Con ella convence a Tony Blair de fundar una corriente internacional de izquierda. Eso queda de la izquierda: un socialismo más apegado a lo real que a lo ideal. En sus gobiernos, Blair no se diferencia de Margaret Thatcher y Bill Clinton tampoco se diferencia de Reagan. Es de necios insistir con la utopía de Mayo del 68. En ello convienen el primer ministro francés, Lionel Jospin, y el canciller alemán, Gerhard Schröder. En 1999, Alemania enfrenta su primer reto bélico desde la Segunda Guerra Mundial: interviene en la represalia de la alianza atlántica (OTAN) contra el líder serbio, Slobodan Milosevic, por la limpieza étnica emprendida en Kosovo. Rubrica esa guerra el destino de Yugoslavia, condenada a desmembrarse como la Unión Soviética.

Ese año muere Raisa. El presidente ruso, Boris Yeltsin, se ve en un aprieto: la ha criticado y ridiculizado. Es velada en el altar secular de la patria. Le escribe a Gorbachov que ve en ella a su "amiga más fiel y devota". Le dedica a Raisa su viudo, 10 años después, la canción *Cartas viejas*. Tan viejas, quizá, como los sueños de libertad garabateados en el extinto y vergonzoso Muro.

LA DRAMÁTICA FUGA EN GLOBO DE DOS FAMILIAS

Una de ellas volvió al Este tras la caída del Muro y la otra se quedó en el Oeste; ya no se hablan

Lunes 9 de noviembre de 2009
Laura Lucchini para LA NACION

Hace 30 años, dos familias de la entonces Alemania del Este huyeron al Oeste, hacia Baviera, en un globo aerostático artesanal. Fue una empresa espectacular, que es recordada en el Museo del Muro en el Checkpoint Charlie, en Berlín, y que fue reconstruida en una película de Walt Disney en 1981. Hoy, 20 años después del fin de la República Democrática Alemana (RDA), una de las dos familias volvió a vivir a Pössneck, en el Este, el lugar desde donde despegó el globo. La otra se ha quedado en Baviera. En la Alemania unificada, ya no tienen contacto.

Una larga cola de turistas se mantiene estable en estos días fuera del Museo del Muro, una galería privada que reconstruye la historia de la Cortina de Hierro y, en particular, los intentos más rocambolescos de los alemanes del Este para abandonar esa parte de la ciudad. Desde Ivo Zdarsky, que en 1961 logró escapar con un ala delta a motor realizado con piezas de su auto, hasta Peter Faust, que en agosto de 1988 huyó en un bote inflable a través del mar Báltico.

En una sala al final de la exposición se proyecta la película *Fuga de noche*, interpretada por John Hurt y Beau Bridges. El largometraje está inspirado en la historia real de las familias Strelzyk y Wetzel, que dejaron Alemania en un globo aerostático. Es una historia de amistad y lealtad, aunque el desenlace actual de los eventos es un poco distinto.

La historia verídica ha sido reconstruida en estos días por varios medios alemanes. El 16 de septiembre de 1979, Doris y Peter Strelzyk se subieron a un globo aerostático artesanal junto con sus dos hijos, además de Günter y Petra Wetzel y sus dos pequeños.

Durante largas noches, ambas familias habían participado en secreto en la fabricación del globo para la huida. Buscaron información en la biblioteca pública. Compraron los materiales en varios comercios distintos de la RDA, para no llamar la atención de la policía secreta, la Stasi. Crearon en su sótano un sistema de ventilación para el vuelo y se armaron de un barómetro que, según contaron después, no funcionaba muy bien.

Tras largos meses de trabajo y un intento que fracasó, lograron despegar. Para Alemania del Este, se convirtieron en traidores y enemigos del Estado, mientras que para el Oeste fueron héroes.

Desde entonces, han cambiado algunas cosas. Después de la caída del Muro, los Strelzyk volvieron a Pössneck. Peter, en particular, se enoja con los que critican su decisión. "Nos fuimos porque la RDA era una gran prisión, pero ahora eso pertenece al pasado", explica. Pierde la paciencia cuando recuerda los líos burocráticos que dificultaron su vuelta y explica: "También echábamos de menos nuestra ciudad".

Su decisión fue insólita, porque es raro que los que se fueron vuelvan. Aunque el Muro ha caído, Alemania sigue dividida. Y es muy común en el Este el fenómeno de la Ostalgie, un término que indica la nostalgia hacia la RDA. De hecho, los Strelzyk, en estos días de conmemoración, no han sido invitados a ningún evento. Sólo una vez fueron invitados a la presentación de un libro en una escuela local. Pero de inmediato el director recibió quejas por haber dedicado espacio a unos "fugitivos".

Los Wetzel se quedaron en el Oeste, en Baviera. Ya no tienen contactos con sus antiguos amigos y compañeros de aventura. La prensa intentó graficar la situación presentando a los Strelzyk como unos fugitivos políticos que quisieron volver y a los Wetzel como unos "hedonistas", amantes del consumismo occidental, una simplificación que causó críticas cruzadas entre las dos familias.

"Son categorías equivocadas", explica Günter Wetzel. "*Ambos teníamos una lista de aspectos que nos causaban infelicidad, y por eso decidimos irnos*", afirma. "*¿Por qué, si uno se fue por motivos políticos, debería volver ahora?*", se pregunta.

De la amistad y fraternidad de la película queda poco. Detrás de las celebraciones por los 20 años de la caída del Muro, hay todavía heridas abiertas, puntos de vista irreconciliables y una generación que todavía no encuentra paz.

LA DIRECTORA DE CINE Y EL ESPÍA DE LA STASSI

AELRUN GOETTE DESCUBRIÓ HACE DOS AÑOS QUE HABÍA SIDO TRAICIONADA POR SU PROPIO NOVIO

Lunes 9 de noviembre de 2009

Elisabetta Piqué para LA NACION
Enviada especial

Los muros del alma no se derriban. Lo demuestra la historia de Aelrun Goette, una exitosa directora de cine nacida en Berlín Oriental hace 43 años, que hace pocos meses descubrió que su primer novio era un informante de la Stasi, la terrible policía secreta de la República Democrática Alemana (RDA), que tenía un archivo sobre ella.

Aelrun, que habló con esta enviada hace diez años, en el décimo aniversario de la caída del Muro de Berlín, pensaba que al cumplirse 20 años de este hecho histórico que le cambió la vida estaba emocionalmente lista para saber más de su pasado.

Así, al igual que miles de alemanes del Este, tras la apertura de los archivos de la Stasi (el aparato policial de espionaje y represión más eficiente de la Guerra Fría), presentó hace dos años una solicitud para averiguar si había archivos sobre ella. Al desmantelarse el Ministerio para la Seguridad del Estado, en el que trabajaban 90.000 empleados formales y 350.000 informantes, ya había salido a la luz que en la RDA casi todos habían sido vigilados.

"Pensaba que había llegado el momento de ver si existía un archivo sobre mí porque ya habían pasado 20 años. Creía que estaba preparada para eso, que nada me podía herir", cuenta a La Nación. "Pensaba que después de haber pasado 20 años de mi vida en el Este y 20 en el Oeste, iba a descubrir historias del pasado que no podrían afectarme a nivel psicológico... Pero no fue así", agrega, mientras fuma un cigarrillo en su departamento del barrio de Prenzlauer Berg, ex Berlín oriental, ahora muy de moda.

"En cierto sentido, al principio me puso contenta confirmar que existía un archivo sobre mí. Yo pertenecía a aquellos sobre quienes se había escrito algo", reflexiona.

Fue así como recibió por correo un sobre marrón que decía "Confidencial", con el archivo que la Stasi había armado sobre ella. "Los archivos no decían por qué habían decidido espíarme. Pero miles de ojos me habían controlado. Habían usado para ello un lenguaje extraño, totalmente inhumano: catalogaban a la gente de acuerdo con un código que indicaba si uno servía, no servía o amenazaba al sistema", dice.

La Stasi identificaba a Aelrun como G. "G es muy educada, inteligente, con buen aspecto y es confiable en el sentido de que cumple con su palabra y compromisos", escribió la Stasi, que la investigaba porque era una joven "rebelde" que participaba en los movimientos de oposición bajo protección de la Iglesia y actuaba en obras de teatro underground contra el régimen comunista.

"¿Quién les podría haber dicho esas cosas sobre mí?", se preguntaba Aelrun, hasta que, entre los papeles de su legajo, descubrió unas hojas escritas en una letra familiar. Era la letra de Max, su primer novio, su primer amor. "Me imaginé las situaciones en las que Max pudo copiar en secreto mi agenda. ¿Yo habría estado durmiendo, o él, encerrado en el baño? ¿O se habría llevado mi agenda sin que yo me diera cuenta? ¿Qué otra información habría dado sobre mí? ¿Por qué Max?", se pregunta Aelrun, casada con un wessie (un alemán del Oeste), con quien tiene dos hijas de 7 y 2 años.

Aelrun se sintió traicionada. Herida, pero con su carácter fuerte y combativo logró contactarse con Max por medio de Google. Después de más de 20 años volvió a verlo para hablar del tema. Pero Max nunca admitió que la había espiado, pese a la irrefutable prueba caligráfica.

El archivo desencadenó en Aelrun una crisis interna, que quedó plasmada en un artículo que escribió para la revista del diario Berliner Zeitung. "¿Cuánto de lo que yo soy hoy tiene que ver con mi pasado en el Este?", se pregunta ahora, sin ocultar su desencanto por lo que vino después de la caída del Muro. "Las expectativas que tenía por la gente de Alemania occidental jamás se cumplieron. Pensaba que la gente era mejor en un sistema liberal, que la libertad hacía que la gente fuera mejor, pero no es así", afirma, decepcionada.

"¿Por qué combatimos, excepto por nosotros mismos?", se pregunta, sin lograr derribar ese muro que se levantó en su alma.

BERLÍN YA ES UNA GRAN FIESTA

MILES DE TURISTAS LLEGARON A LA CAPITAL ALEMANA PARA SUMARSE A LA CELEBRACIÓN OFICIAL

Lunes 9 de noviembre de 2009
Elisabetta Pique para LA NACION
Enviada especial



Frente a la Puerta de Brandeburgo, fichas de dominó gigantes simulan el antiguo recorrido del Muro de Berlín Foto: AFP

La fiesta por el 20° aniversario de la caída del Muro de Berlín comenzó ayer en la calle. Anticipándose a la gran celebración de hoy, más de 10.000 personas, entre ellas miles de turistas, recorrieron parte del trayecto sobre el cual hace veinte años comenzó a derrumbarse el Muro de la Vergüenza, el muro que dividía a la Berlín occidental y libre de la parte oriental y bajo férreo régimen soviético, ese muro que representaba el enfrentamiento entre el Este y el Oeste, durante la Guerra Fría. En una jornada gris pero en un clima de fiesta, la multitud paseó, se sacó fotos y tomó vino caliente para paliar el frío a lo largo de un kilómetro y medio marcado por una hilera de 1000 coloridas piezas de dominó gigantes (más de 2 metros de altura cada una) pintadas por alumnos de escuelas, estudiantes extranjeros y artistas de todo el mundo.

En un espectáculo emocionante y simbólico, las piezas de dominó irán cayendo esta tarde para recordar el efecto cadena que tuvo hace 20 años la caída de Muro de Berlín en los países que estaban detrás de la Cortina de Hierro y en todo el mundo.

Será el momento culminante de las imponentes celebraciones que tendrán lugar hoy para recordar el histórico 9 de noviembre de 1989, una fiesta a la que asistirán líderes políticos europeos y del resto del planeta, protagonistas de ese hecho que cambió el curso de la historia (como el ex presidente soviético Mikhail Gorbachov y ex el dirigente sindical polaco Lech Walesa), además de artistas y personajes de la cultura de todo el mundo. El gran ausente será el presidente de Estados Unidos, Barack Obama.

En una suerte de festejo anticipado, miles de personas asistieron al ensayo general del espectáculo artístico denominado "efecto dominó", del que participaron 2000 estudiantes de colegios secundarios de Berlín. Con sus camperas plateadas con la inscripción "Mauerfall 2009", los jóvenes, dos por cada pieza, copaban el kilómetro y medio que va desde Postdamer Platz, pasando por la imponente Puerta de Brandeburgo, hasta el renovado Reichstag, el Parlamento alemán, coronado por la cúpula de vidrio realizada por Norman Foster.

"Es muy emocionante participar de este proyecto", comentó a La Nación Jessica Scirillo, una estudiante de origen napolitano, que junto a 15 compañeros de la Ernst Reuter Oberschule de esta capital decoró una de las piezas de dominó. "Pintamos la pieza con los colores de la bandera alemana, rojo, amarillo y negro, y escribimos la fecha de la caída del Muro", explicó Jessica. "Para nosotros, no es fácil identificarnos con la gente que vivió en la época del muro", admitió. La mayoría de las piezas de dominó se destacaban por tener dibujos de símbolos de paz: arco iris, palomas, corazones, personas que se abrazan y se dan la mano.

"Ojalá que todos estos jóvenes no tengan que sufrir lo que viví yo", dijo a La Nación Wasmund Dagny, un anciano que contó haber vivido el horror de las dos guerras mundiales, así como el de la Guerra Fría, en carne propia.

Se espera que hoy asistan al gran evento unas 100.000 personas. Por eso, Wasmund, como muchísimos otros, prefirió acercarse ayer a ver las piezas de dominó y quedarse hoy en su casa a observar el espectáculo por televisión. Como suele suceder con algunos alemanes, se molestó cuando le preguntaron si era del Oeste o del Este. "Ya no hay diferencias", contestó este jubilado que hace 20 años vivía en la República Democrática Alemana (RDA), por entonces una virtual cárcel para sus 16 millones de habitantes, que no tenían libertad de expresión ni de movimiento.

De la fuerza de la libertad hablarán seguramente hoy tanto la anfitriona, la canciller Angela Merkel, como sus invitados ilustres, entre los que estarán los representantes de las cuatro potencias aliadas que se repartieron Berlín al final de la Segunda Guerra Mundial, los presidentes de Rusia y Francia, Dimitri Medvedev y Nicolás Sarkozy, respectivamente; el primer ministro británico, Gordon Brown, y la secretaria de Estado norteamericana, Hillary Clinton. Ella fue una de las primeras en llegar a esta capital que, paradójicamente, parecía dividida en dos, como hace 20 años, debido al caos de tránsito a causa de los festejos, a los que también fueron invitados los jefes de gobierno de los 27 países de la Unión Europea (UE).

En uno de los actos más conmovedores de la jornada, Merkel, que dijo que el 9 de noviembre de 1989 "fue el día más feliz de la historia reciente de Alemania" y que creció en la RDA, hoy cruzará simbólicamente el puente de Boesebruecke, ex frontera de la famosa Bornholmer Strasse, junto a Gorbachov y Walesa.

Convertido en un museo, el puesto fronterizo fue el primero en abrir sus barreras la inolvidable noche del 9 de noviembre de 1989, cuando centenares de oisies (alemanes del este) cruzaron por primera vez hacia la parte occidental y rica de la ciudad, en el principio del fin de la Guerra Fría.

Merkel cruzó esa noche mágica el Muro por este lugar y, según confesó, celebró con cerveza en casa de unos desconocidos del lado oeste.

EL DERRUMBE TRAJO SORPRESAS PARA EUROPA

Moisés Naím para LA NACION
Lunes 9 de noviembre de 2009

La caída del Muro de Berlín fue una mala noticia para los soviólogos. En todo el mundo, miles de espías, generales, diplomáticos, profesores y periodistas se ganaban la vida estudiando la Unión Soviética. Ninguno pronosticó su colapso.

Pero si el pacífico fin del maligno imperio soviético fue una sorpresa, su final tuvo repercusiones tanto o más sorprendentes para Europa. Estas son cuatro de las consecuencias inesperadas que tuvo el derrumbe soviético para los europeos, y que los expertos tampoco vieron venir.

1. China desplazó a la URSS como amenaza para los europeos. Cuando cayó el Muro de Berlín, nadie se imaginó que China afectaría más directamente la vida de los europeos occidentales de lo que jamás lo había hecho la URSS. No por su poder nuclear, sino por su poder económico.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Europa occidental había vivido bajo la amenaza de una letal confrontación con los soviéticos. Afortunadamente, esa amenaza nunca se hizo realidad y, en la práctica, la vida cotidiana de los europeos no se vio muy afectada. En cambio, el ascenso de China toca todos los días la vida de los europeos: en lo que pagan por televisores, medicinas, nafta e hipotecas, o en la posibilidad de conseguir empleo. El capitalismo chino transformará más a Europa que el comunismo soviético.

2. El euro. Nadie pronosticó que la caída del Muro estimularía la creación del euro. ¿Quién se hubiese atrevido a decir que los alemanes estarían dispuestos a abandonar el marco, o que los franceses tolerarían no tener su propia moneda, sino otra controlada desde Francfort, y que, además, otros 14 países renunciarían a sus divisas, o que, después de una crisis mundial con efectos devastadores para Europa, la moneda de refugio fuera el euro? El euro era una utopía y hoy es una realidad que no sorprende a nadie. Y ésa es una sorpresa.

3. La debilidad política europea. En principio, cuantas más naciones formen parte de una alianza, más influyente debería ser esa alianza. En 1960, la alianza europea contaba con seis países miembros; en 2003, con 15; y hoy, con 27. Europa es una potencia económica mundial. Sus democracias y sus políticas sociales son envidiadas por el resto del mundo y sus generosas ayudas son codiciadas en todo el planeta. Paradójicamente, su peso en la política mundial ha disminuido.

De acuerdo con un estudio del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores (CERE), la influencia del continente en las Naciones Unidas con respecto a la defensa de los derechos humanos ha caído en picada. A fines de los noventa, el 70% de los países de la ONU apoyaba a Europa en las votaciones sobre derechos humanos. Hoy, 117 de los 192 países de ese organismo votan regularmente contra Europa.

El CERE también nota que en 2008 Europa mandó más soldados a Afganistán que Estados Unidos, 500 de los cuales murieron. También estuvo a la par en ayuda financiera. Sin embargo, no tiene mayor peso en las decisiones estratégicas. Lo mismo ocurre en el conflicto entre israelíes y palestinos. Europa manda mucho dinero, pero influye poco. La Unión Europea no actúa de manera muy unida, y eso disminuye su importancia.

4. Islam en la vieja Europa, y Estados Unidos en la nueva. ¿Quién se hubiese imaginado en la Guerra Fría que muchos europeos se llegarían a sentir más amenazados por la inmigración proveniente de países árabes que por las dictaduras comunistas, o que Polonia, Hungría y la República Checa se convertirían en baluartes del americanismo mundial?

La angustia por la inmigración se ha transformado en un tema de debate. Que Europa se convierta en "Eurabia" es el corolario de estas angustias. Hoy, los inmigrantes constituyen cerca del 10% de la población de la mayoría de los países de Europa occidental, y en algunas grandes ciudades llegan al 30%. Las encuestas revelan que el 57% de los europeos opina que en su país "hay demasiados extranjeros". Mientras tanto, en algunos países de la ex URSS florece el americanismo: económico, político, cultural y hasta militar. Que esto pase en un continente donde el antiamericanismo es habitual es otro sorprendente legado de la caída del Muro de Berlín. ©EL PAIS

“EL MURO FUE NECESARIO; NO SABÍAMOS QUÉ HACER CON ALEMANIA”

EFE EN MOSCÚ
Viernes 6 de Nov., 2009

El último dirigente soviético, Mijail Gorbachov, se declaró ayer "orgulloso" de que la caída del Muro de Berlín fuera "incruenta", ya que dos millones de soldados soviéticos y occidentales estaban desplegados en sus inmediaciones. *"Estoy orgulloso de que esa operación fuera incruenta. Preservamos Europa. Allí estaban frente a frente dos millones de soldados y una cantidad de armas que daba miedo"*, señaló el ex mandatario ruso a la emisora de radio Eco de Moscú.

Gorbachov describió el Muro de Berlín, construido en 1961 y derribado en 1989, como el *“nudo gordiano más peligroso y peliagudo”* del mundo durante tres décadas. *“Temí una tercera guerra mundial”*. En su opinión, el muro fue “necesario”, una vez que soviéticos y occidentales fueron incapaces de ponerse de acuerdo sobre qué hacer con Alemania, y se decidió dividir el país en dos y Berlín en cuatro partes. Mijail Gorbachov, quien asistirá el 9 de noviembre en Berlín a los festejos con motivo del vigésimo aniversario de la caída del muro junto al ex canciller alemán Helmut Kohl y el antiguo presidente de EU George Bush, aseguró que llegó a temer que estallara una tercera guerra mundial.

LA FIESTA DE LA LIBERTAD



Alemania celebra hoy el 20º aniversario de la caída del Muro de Berlín con una presencia de más de 100.000 personas, reunidas bajo la lluvia en el corazón de la capital alemana. El broche de oro de la celebración tuvo lugar frente a la Puerta de Brandeburgo cuando se derribaron simbólicamente en forma de fichas de dominó decoradas por artistas de todo el mundo. Previamente, tuvo lugar un concierto de la Staatskapelle de Berlín dirigida por Daniel Barenboim, acto al que asistieron numerosos jefes de Estado y Gobierno

Durante todo el día se llevaron a cabo una colección de actos que comenzaron con un oficio religioso al que asistió Angela Merkel, la primera canciller que creció en la Alemania comunista. Decenas de líderes mundiales del pasado y del presente participaron en la conmemoración de la fecha que marcó el fin de la Guerra Fría y el comienzo de la unificación de Alemania.

"La noche del 9 de noviembre de 1989 se cumplió un sueño", dijo Merkel. "Muchos tuvieron un papel. Pero no habría sido posible sin el coraje de la gente de la ex Alemania del Este", agregó la canciller, quien realizó una caminata junto con ex líder soviético Mijaíl Gorbachov, y el polaco Lech Walesa a lo largo del puente en la Bornholmer Strasse donde los alemanes del Este comenzaron a cruzar la frontera hace dos décadas en una emotiva e histórica búsqueda de la libertad. "Día de la felicidad". Así fue bautizada esta jornada histórica en la que la canciller alemana ha afirmado que el derribo de los muros que aún quedan en el siglo XXI depende de la disponibilidad de los Estados de transferir competencias a los órganos internacionales "cueste lo que cueste".

El 9 de noviembre de 1989, el puesto fronterizo de la Bornholmer Strasse abrió sus puertas de forma que los ciudadanos del Berlín comunista pudieran pasar libremente al otro lado. Miles de berlineses del Este cruzaron ese y otros puestos fronterizos para conocer el otro lado, derribando de forma pacífica un muro levantado hacía 28 años y que separaba no sólo dos mitades de una misma ciudad, no sólo dos versiones de un mismo país, la RFA y la RDA, sino dos visiones antagónicas del mundo, la comunista, que se venía abajo aquella noche, y la capitalista. Por ese mismo paso se acercó a Berlín oeste esa misma noche la que hoy es canciller de la Alemania unificada, la primera jefa de Gobierno procedente de la ex RDA y hoy volverá a hacerlo a primeras horas de la tarde, acompañada por los Premios Nobel de la Paz Mijail

Gorbachov, ex jefe de Gobierno soviético, y Lech Walesa, ex presidente polaco. Precisamente Walesa será el encargado de iniciar el acto central y simbólico en el que se derribará el muro por segunda vez.

Se trata de la caída en cadena de un gran dominó formado por piezas de la misma altura del muro original y distribuidas por un tramo del antiguo trazado, entre la Potsdamer Platz y el Reichstag, con la Puerta de Brandeburgo como epicentro. Las cerca de mil piezas han sido pintadas por artistas y jóvenes de todo el mundo.

En una declaración hecha pública desde su oficina, el máximo mandatario germano no quiso olvidar, sin embargo, que este aniversario coincide con el de la Noche de los Cristales Rotos en 1938, cuando el régimen nacionalsocialista inició la persecución sistemática de los judíos con la quema de sus comercios y sinagogas. "El 9 de noviembre de 1938 y el 9 de noviembre de 1989 están estrechamente ligados", dijo Köhler pocas horas antes de que los actos conmemorativos de la caída del Muro de Berlín culminen con una "Fiesta de la Libertad" ante la Puerta de Brandeburgo ante numerosos estadistas de todo el mundo. Los jefes de Estado y Gobierno atravesarán simbólicamente la Puerta de Brandeburgo desde el lado oriental hacia el occidental, donde ha sido instalado otro estrado, en el que habrá varios discursos.

Las primeras intervenciones serán de la canciller Angela Merkel y el alcalde-gobernador de Berlín, Klaus Wowereit, a los que seguirán los representantes de las cuatro potencias aliadas que se repartieron Berlín tras la guerra. Por parte de Rusia y Francia participarán sus respectivos presidentes, Dmitri Medvédev y Nicolas Sarkozy; por parte del Reino Unido asistirá el primer ministro británico, Gordon Brown, y de Estados Unidos llegó ya ayer la secretaria de Estado, Hillary Clinton. Los festejos contarán también con la presencia de jefes de Estado y Gobierno de los 27 países miembros de la Unión Europea, entre ellos el español Jose Luis Rodríguez Zapatero, que llegará a Berlín junto a su colega polaco, Donald Tusk, tras celebrar una reunión bilateral en el balneario polaco de Sopot. Finalmente, los invitados a las celebraciones por el aniversario de la caída del Muro de Berlín cenarán en la Cancillería Federal con Merkel y su marido, el científico Joachim Sauer.